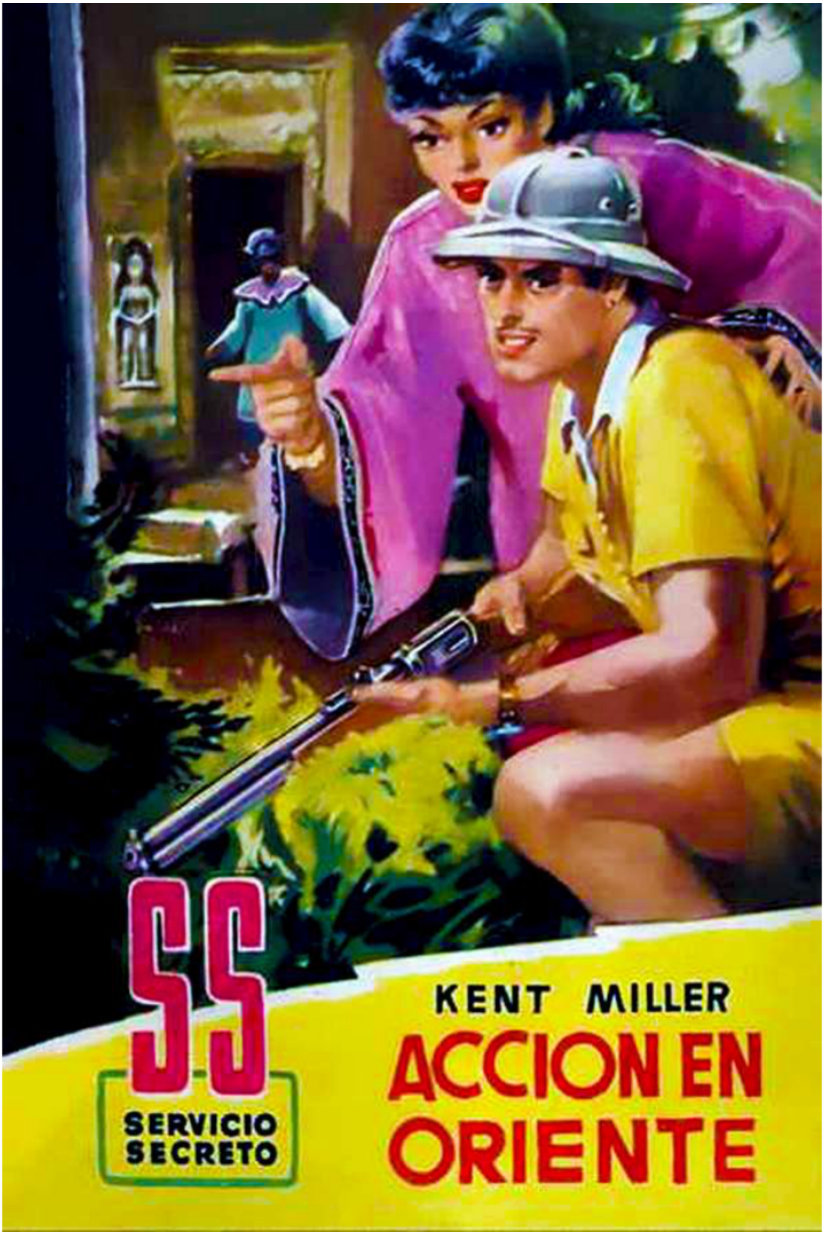

SS
SERVICIO SECRETO
KENT MILLER
ACCION EN ORIENTE

SERVICIO SECRETO

Kent Miller

Acción en Oriente

1. EDICCION
DICIEMBRE-1951

EDITORIAL BRUGUERA
Proyecto, 2 - T. 284453
BARCELONA (6)

ACCION EN ORIENTE

por

KENT MILLER



CAPÍTULO PRIMERO

Estaba anocheciendo y en aquellos momentos el tren corría velozmente por una llanura de suave verdor en la que, de vez en cuando, la línea sinuosa de un arroyo o la severa silueta de una granja rompían la monotonía del paisaje. En lo alto, grandes masas de obscuros nubarrones corrían hacia el Sur, empujados por un viento frío que silbaba de un modo lúgubre en el techo del vagón.

El pasillo estaba desierto. Todos los viajeros se hallaban recluidos en sus departamentos, donde un agradable calorcillo incitaba más al descanso que a la conversación. Sólo unos pocos permanecían aún en el coche restaurante.

El departamento número seis tenía la puerta entreabierta. De allí salía el haz de luz que proyectábase con trazo blanquecino sobre la pared opuesta del corredor. Era un trozo estrecho, de apenas un par de centímetros. Se mantuvo así por espacio de un minuto y luego comenzó a ensancharse. Más tarde, cuando ya el resplandor comenzó a inundar el pasillo, una sombra se interpuso.

La mujer que acababa de salir era muy joven. Probablemente no tendría más allá de veinte, años. Vestía un elegante traje chaqueta color gris y alrededor del cuello anudábase un vaporoso pañuelo color fresa. Sus largos cabellos caíanle en suaves ondulaciones por los hombros y la espalda. No obstante, sus facciones tenían la particularidad da atraer poderosamente la atención de quién se fijara una vez en ellas. Eran atractivas, aunque exóticas. Sus rasgos poseían un marcado aire oriental, ojos ligeramente oblicuos, misteriosos y boca de labios carnosos y sensuales.

Miró a ambos lados del pasillo y titubeó un instante. Abrióse entonces la puerta del compartimiento vecino. La mujer echó a correr hacia allá, y al hacerlo tropezó con el hombre que salía en aquellos momentos.

Era también joven. Su edad no rebasaría los treinta y cinco años.

Alto, más bien grueso, y de rubio cabello peinado hacia atrás. Trató de evitar el encontronazo con la desconocida, pero no lo consiguió.

—¡Oh, perdón, señorita! —Excusóse amablemente—. No me di cuenta…

—No… no. He sido yo la culpable —balbució, pasándose una mano por la frente—. Iba atolondrada…

Apoyóse en el pasamanos, tambaleándose.

Él la sostuvo cogiéndola de un brazo.

—¿No se encuentra bien? ¿Se mareó, acaso?

—No es nada —sonrióle tímidamente—. Gracias.

—Puedo acompañarla. Desearía poder serle útil.

—No es nada, una simple jaqueca. Me dirigía, precisamente, al coche restaurante. Es por ahí, ¿verdad?

Y señaló enfrente.

—No, el coche restaurante está en aquella dirección —repuso el hombre—. Si me lo permite, la llevará a él. También yo me dirigía allá.

—Gracias —balbució, con voz apagada.

Y echó a andar en la dirección que acababa de señalarle el ocupante del departamento contiguo al suyo.

Al llegar al coche comedor, la muchacha dejóse caer en la primera silla que halló desocupada. Apoyó el rostro entre ambas manos y permaneció un rato así, en silencio.

—¿Por qué no toma una taza de café bien cargado? —Oyó como la voz de su acompañante le decía.

—Sí —murmuró, sin descubrir su cara—. Me sentará bien.

El hombre hizo un gesto a un camarero que se hallaba al otro extremo, el cual acudió solícito.

—Traiga una taza de café bien cargado para la señorita.

—Bien, señor. ¿Nada más?

—Sí, yo deseo cenar. Tráigame la carta —volvióse hacia la joven y le preguntó—: ¿Ha cenado ya, señorita…?

—No…, no tengo apetito. Gracias.

—Bien, tal vez más tarde.

Hizo un ademán al camarero y éste alejóse. Entonces llenó las dos copas que había sobre la mesa. Colocó una ante la muchacha.

—¿Quiere beber un poco de agua?

Ella levantó ahora la cabeza y quedósele mirando. Sus facciones

reflejaban el sufrimiento que la aquejaba.

—Gracias… —balbució—. Si tuviera alguna tableta de calmante…

—No la tengo, pero iré en su busca si aguarda un momento.

Y se puso en pie, encaminándose hacia la salida.

A los pocos minutos regresaba llevando en la mano un tubo de cristal.

—Tome eso —le dijo, mientras sacudía el tubo hasta hacer caer una de las tabletas que contenía, sobre el mantel—. Le sentará bien.

—Lamento haberle molestado.

—No debe agradecerme nada.

La muchacha llevóse la tableta a la boca y sorbió un poco de agua.

—Aquí tiene su café, señorita —dijo el camarero, dejando el servicio sobre la mesa.

El hombre tomó uno de los terrones. E iba a echarlo cuando se contuvo.

—¿Lo desea con azúcar? —preguntó.

—No —repuso ella—. Lo profiero solo. Gracias, señor…

—Me llamo Jean Douatz —repuso él, rápidamente—. Perdone que no me haya presentado antes. Me distraje…

—Lo mismo hice yo —sonrióle la muchacha—. Me llamo Denise Delbatt.

—¿Nacida en Francia? —preguntó. Añadiendo al instante—: Pensará usted que soy curioso, pero no voy a negarle que ha conseguido intrigarme.

Ella movió la cabeza, denegando.

—Nací en Saigón, aunque mis padres me trajeron a Francia de muy pequeñita.

—Lo sospechaba.

Ella volvió a sonreír.

—No es fácil ocultarlo. Unas facciones como las mías no se prestan a demasiadas conjeturas.

—Sé de muchas mujeres hermosas que la envidiarían.

—¿Usted cree? —Miróle por primera vez interesada.

—No lo dudo siquiera.

—Sabe ser muy amable.

Tomó la taza de café y comenzó a sorber lentamente su

contenido. El camarero estaba sirviendo la cena a Jean Douatz, y ambos guardaron silencio.

—Siento que no me acompañe.

—No tengo apetito, se lo aseguro. Tal vez…

—¿Cuándo? ¿Es eso lo que iba a decir?

—No. ¿Para qué? —añadió, encogiéndose de hombros—. ¿Va usted a París?

—Sí. ¿Es también ése su destino?

Denise asintió con un movimiento de cabeza y continuó sorbiendo el café.

—Tal vez le interesará saber que acabo de llegar de allá —siguió Douatz, mirándola interesado.

—¿Se refiere a mi tierra?

—Sí. ¿Le gustaría que le hablara de ella?

—Se lo ruego —sonrióle, agradecida—. Siempre sentí cariño por ella. Pero debiera comer primero. Estoy interrumpiéndole la cena.

Denise sacó un cigarrillo y lo encendió con parsimonia. Luego quedóse mirando, a través de la ventanilla, los lugares en sombras por los que el tren se deslizaba en aquellos momentos.

Al volverse hacia Douatz, advirtió que su rostro estaba pálido y un copioso sudor inundaba su frente.

—¿No se encuentra bien? —preguntóle, sorprendida.

—Hace… calor —balbució él, intentado aflojar cuello de su camisa—. No sé cómo…

Recostóse contra el respaldo, respirando con dificultad. Denise se puso en pie.

—Sería preferible que volviera a su departamento y se acostara.

Pero Douatz no respondió. Alargó la mano hacia el vaso en el que había un poco de agua, pero no llegó a cogerlo.

Un individuo bajito y de facciones orientales acababa de entrar en el vagón y acercábase a ellos.

—No se inquiete, señorita —dijo a Denise—. A mi amo suele sucederle esto a menudo. Lo acompañaré a su departamento.

—Pero…

—Quédese aquí —le dijo—. Se lo ruego. Pronto se repondrá.

Aquel hombrecillo ayudó a Jean Douatz a levantarse y llevóselo fuera del coche. Viéndolos alejarse, Denise mirábalo con una mueca de asombro. Diríase que le extrañaba que un individuo menudo

como aquel que tan inopinadamente se había presentado, estuviera dotado de una fuerza tal como la desplegada para conducir casi en brazos a un hombre de la corpulencia de Douatz.

Permaneció allí, sentada y fumando nerviosamente su cigarrillo. Hasta que unos diez minutos después compareció el extraño hombrecillo de rostro oriental.

—*Monsieur* Douatz le ruega lo disculpe. Ahora está durmiendo, y ello le sentará bien.

Denise lo miró sin contestar. El oriental inclinóse ligeramente y regresó por el mismo sitio de donde llegara.

La muchacha permaneció aún unos minutos sin moverse de la mesa. Luego se puso en pie y dirigióse hacia el camarero que acababa de entrar.

—El señor Douatz se ha sentido indispuesto —dijo—. Eso es por el café.

Y entregó al mozo un billete.

—Gracias, madeimoselle.

Denise regresó a su vagón. En el corredor no había nadie. Llegóse hasta el departamento contiguo al suyo y llamó con los nudillos. Nadie le respondió. Repitió la llamada. Y al obtener igual resultado, hizo girar el picaporte y abrió.

Una suave penumbra invadía el compartimiento. En un rincón, sobre el lecho, divisábase la figura de un hombre. Denise avanzó unos pasos hasta situarse a su lado.

—*Monsieur* Douatz —llamó bajito—. ¿Me oye, *Monsieur* Douatz?

El silencio, sólo interrumpido por el rodar del tren, continuó reinando en el departamento.

Entonces Denise dirigióse a la puerta, cerrándola por dentro. Inmediatamente sacó de su bolsillo una ganzúa, con la que procedió a abrir las maletas colocadas en un estante. Revolvió febril ropas y libros hasta que un objeto apareció a su vista. Tomólo con gran reverencia y guardóselo bajo su chaqueta. Inmediatamente cerró la maleta, dejándola donde se encontraba, y salió al corredor.

Seguía desierto el pasillo del vagón. Denise entró en su compartimiento, pero volvió a salir a los pocos segundos llevando una pequeña cartera de cuero.

El tren pitó por dos veces seguidas y comenzó a disminuir la marcha. Un resplandor distinguíase a la derecha, delatando el

emplazamiento de una población. Pronto, edificaciones altas y obscuras, surgieron de las tinieblas que las rodeaban. Unas luces perforaron la noche y los frenos comenzaron a chirriar.

La figura ágil de una mujer descendió del convoy antes de detenerse. Deslizándose por entre unos montones de mercancías, no tardó en confundirse con las mismas sombras de la estación.

Unos minutos después, el tren proseguía su camino hacia París.

El inspector Jacques Ridoux subió las escaleras resoplando, a causa de su excesiva gordura. Al llegar al piso de arriba, se detuvo unos instantes para tomar aliento, antes de penetrar en su despacho. Uno de los empleados que pasaba en aquel momento llevando un fajo de papeles, se detuvo un instante para saludarle.

—¡Bonjour, *Monsieur* Ridoux!

—¡Hola Charles!

Tosió ligeramente y empujó la puerta que tenía ante sí. Un hombre que se hallaba sentado levantóse al darse cuenta de su entrada. Tratábase de un joven de unos treinta años, bien vestido, de facciones simpáticas y aspecto cuidado. Se adivinaba en él a un devoto de los deportes, cuya práctica pregonábalo su cuerpo ágil y musculoso y su rostro ligeramente bronceado por la vida al aire libre.

—¡Buenos días! —saludó el inspector, dirigiéndose hacia él—. Me he retrasado un poco y tendrá que perdonarme.

—No tiene por qué disculparse, señor —sonrió el joven, condescendiente—. En realidad, usted me citó para las diez.

—Viviendo en las afueras no puede uno fiarse de los transportes. ¿Por qué no se sienta usted, señor…? No recuerdo su nombre.

—Berange. Pierre Berange.

—Es cierto. Berange. ¿Quiere un cigarrillo?

Y le alargó una caja que había sobre la mesa.

—Gracias, señor —repuso el joven, tomando uno.

El inspector Ridoux sentóse tras su descomunal mesa de trabajo y emitió un prolongado suspiro de satisfacción. Encontrábase allí a gusto y era indudable que ya no se movería de su poltrona hasta la hora de regresar a su domicilio.

—No ignora que departí con el jefe de su departamento. Supongo le hablarían de ello.

Pierre Berange asintió en silencio, en tanto encendía el cigarrillo

que Ridoux acababa de ofrecerle.

—Me une a su jefe una buena amistad, Berange. Trabajamos juntos muchos años después de la guerra del 14. Sólo nos separamos cuando a él lo nombraron para encargarse de la sección de Asuntos Orientales del «Deuxieme Bureau» —y tras haber dado una larga chupada al cigarro que acababa de encender, añadió—: ¿Le habló del asunto que le trae aquí?

—No —repaso el muchacho—. No me dijo una palabra.

—Es natural —asintió Ridoux—. Yo mismo se lo recomendé hasta haberlo visto a usted, pero ahora ya no hay inconveniente para seguir callándolo por más tiempo. Se trata del caso Douatz.

—¿Douatz? —repitió Pierre Berange, extrañado—. ¿Se refiere al hombre a quien asesinaron en el expreso de Marsella?

—Sí. Veo que también usted lo sabe.

—Toda la prensa ha publicado la referencia del asesinato. Sin embargo, no comprendo hasta qué punto la muerte de ese Douatz haya conseguido interesar al «Deuxieme Bureau».

—Eso sería en el caso de que el muerto se llamara así, pero Jean Douatz no era otra cosa que un nombre supuesto, bajo el que ocultaba su personalidad un enviado diplomático del ministerio de Asuntos Exteriores. Se trata de Robert Dubreille.

—Creo… ir comprendiendo.

Ridoux expelió una larga bocanada de humo y quedó unos segundos en actitud de reflexionar.

—He sido encargado de investigar la muerte de… Jean Douatz —prosiguió—. Ante la opinión, buscaremos a los presuntos asesinos de un hombre comerciante a quien asesinaron para robar cierta considerable suma que llevaba consigo, aunque la realidad sea muy distinta.

—No era dinero, desde luego.

Ridoux denegó con un gesto.

—A Dubreille, mejor dicho, a Douatz, ya que sólo al nombre supuesto habremos siempre de referirnos, no le robaron un solo franco, pero de su cartera ha desaparecido algo mucho más valioso. Se trata de un sobre conteniendo importantes documentos que traía de Oriente.

—¿Acaso venía de Indochina?

—Sí, acababa de desembarcar en Marsella procedente de Hanoi.

Ahora ya le puedo revelar que Douatz estuve allí unas semanas negociando con las tribus que ocupan los valles de Kyan Arath que se extienden entre los ríos Rojo y Negro.

—¿Esas tribus pertenecen al Viet Minh?

—No puede decirse que sean rebeldes, aunque tampoco acatan la dominación francesa. Sin embargo, el interés de nuestra nación está en evitar que pasen a engrosar las fuerzas enemigas, con lo que nuestra situación en el Tonkin haríase verdaderamente insostenible.

El inspector hizo una pausa para buscar unos papeles en su carpeta, los cuales extendió encima de la mesa.

—Parece ser que Douatz había obtenido una promesa de ayuda de los jefes que gobiernan esas tribus a cambio de una ayuda económica. Sin embargo, las negociaciones debían llevarse en secreto hasta el momento oportuno, a fin de evitar que los dirigentes del Viet Minh lo impidieran y adoptaran represalias. Lo que Douatz traía en su cartera era un documento del jefe de las tribus de Kyan Arath, con las bases para llegar a un acuerdo, y los planos detallados acerca de la situación y el valor estratégico de los territorios por ellos controlados Eso es lo más importante que ha desaparecido, aunque no cabe duda que Douatz traía algunos otros documentos de menor interés.

—En tal cuso, hay que suponer que el autor del asesinato sea un elemento al servicio del Viet Minh que sospecha de la traición de sus compatriotas y necesita las pruebas para evitar una calamidad de tal envergadura.

—Eso es lo que se cree en el ministerio de Asuntos Extranjeros. Por ello, resulta evidente la necesidad de impedir que dichos documentos puedan llegar a manos de los jefes rebeldes, así como el autor del crimen cometido.

Pierre Berange golpeó ligeramente el cigarrillo que sostenían sus dedos, para hacer caer la ceniza del mismo. Luego llevólo nuevamente a los labios.

—¿Hay alguna pista?

—Ninguna, por desgracia. Poco más o menos lo que ya habrá leído en los periódicos. Existe una muchacha joven y muy bella, de facciones orientales, con la que Douatz estuvo en el coche restaurante. Desapareció sin dejar rastro. Por lo que se supone, que debió descender en la primera parada del convoy. El otro personaje

fue un individuo, oriental también, que ayudó a Douatz a regresar a su departamento. También desapareció del tren. No cabe duda de que los dos actuaban de común acuerdo y con el mismo fin.

—¿Nada más?

—Eso es lo que todos saben, añadiendo que tanto Douatz como la joven tomaron el tren en Marsella. Del otro se ignora su procedencia.

—¿Ningún indicio… huellas…?

—Las dactilares de la mujer, dejadas en la taza de café que estuvo tomando en compañía de Douatz.

—Eso quiere decir que Douatz y la desconocida tenían alguna relación.

—Había que averiguarlo —repuso Ridoux, encogiéndose de hombros— aunque no es descabellado suponer que trabaron conocimiento en el mismo tren.

—¿Nada más?

—Sí, un único detalle. Se trata de un pequeño objeto que encerraba la crispada mano de Douatz, indudablemente luchó con su asesino y pudo arrancarle el amuleto que fue encontrado por la policía.

—¿Un amuleto? —inquirió Berange, ya más interesado en el relato del inspector.

—Así parece. Consiste en un pequeño Buda de oro. La anilla que lo sujetaba está abierta por la fuerza del tirón que debió dar Douatz antes de morir, o, quizá, en las mismas convulsiones de la agonía.

—¿Dónde está ese objeto?

Ridoux sacó de su bolsillo una cajita y la abrió. Dentro, sobre un trozo de algodón en rama, distinguíase un objeto dorado, muy pequeño.

—Observe eso y dígame si vio algo más perfecto en su tamaño.

El muchacho tomó la cajita y durante unos segundos estuvo examinando la diminuta figurilla del Buda de oro.

—Debió ser el colgante de una pulsera. En este caso, la mujer…

—Eso mismo es lo que yo me he preguntado. No obstante, es difícil establecer una conjetura. Creo que podrá servirle de algo.

—Eso significa…

Ridoux asintió con manifiesta satisfacción.

—Que va a tener que encargarse de la tarea de impedir que los

documentos robados lleguen a manos de los jefes rebeldes. El ministerio de Asuntos Extranjeros ha dispuesto que el D. B., se encargue del caso, y el D. B., ha considerado que usted, Berange, es la persona más indicada para ello: ¿Tiene algo que objetar?

—Nada, inspector Ridoux —repuso Berange, sonriente—. Jamás tuve que objetar a las órdenes de mis superiores, y aunque así fuera, en el caso que nos ocupa no he de ocultarle que ha conseguido intrigarme. Puedo asegurarle que me encanta la idea de realizar un viaje al Tonkin.

—¿Cómo preferirá hacer ese viaje?

—En el primer avión, sin duda alguna. Hay que suponer que los asesinos de Douatz se encontrarán ya rumbo a Oriente.

—Eso es lo que yo también sospecho. Por lo pronto, tenemos la seguridad de que desde el momento que se efectuó el crimen nadie de las señas de los dos orientales ha salido de ningún aeródromo francés. Sólo un barco ha zarpado de Marsella, y no sería extraño que en él hubiera tomado pasaje la pareja que nos ocupa.

—¿Qué barco es ése?

—El «Georgetown». Es un paquebote de la matrícula de Glasgow que realiza el servicio con Hong Kong. El «Georgetown» hará escalas en Singapur y Haiphong. Probablemente será en este último puerto donde los asesinos de Douatz bajarán a tierra.

—¿Podré llevarme el amuleto? —preguntó, cerrando nuevamente la cajita.

—Desde luego —asintió el inspector—. Podrá serle de utilidad, llegado el caso.

Berange dejó el cigarrillo en el cenicero y se puso en pie.

—Perfectamente, inspector Ridoux. ¿Tiene alguna idea de cuándo partirá el primer avión para Indochina?

—Usted viajará en un avión militar, Berange —declaró Ridoux —. Van a dársele todas las facilidades precisas para que pueda desempeñar rápidamente su misión. Demasiadas dificultades encontrará una vez allí. ¿Ha pensado qué papel le corresponderá representar?

—No —contestó francamente—. Ni se me ha ocurrido aún.

—Puede elegir entre les muchos que puedan darse en aquellas tierras. Incluso, si lo cree necesario, se le darán facilidades para aparecer como perteneciente a la Legión Extranjera.

—No, creo que no adelantaría nada. Será mejor algo que me dé mayor libertad de movimientos. Tal vez un comerciante… Ya sabe usted que, desgraciadamente, hay en el Tonkin muchos compatriotas nuestros que trafican con los propios rebeldes. Sería un papel muy adecuado.

—No me parece una mala idea, Berange. Y si es que ha pensado en eso, ya puedo ir enterándose de las cosas que más necesitará saber, porque… —Y Ridoux consultó su reloj—. Le quedan solamente cinco horas hasta la partida del avión que va a conducirle a Hanoi.

—¿Cinco horas? Creo que serán suficientes. Buenos días, inspector.

Ridoux se puso en pie y tendióle su diestra.

—Buena suerte, Berange. Uno de mis hombres le llevará cuánto necesite, así como una información detallada del caso para que pueda estudiarlo en el viaje.

—Perfectamente, Inspector.

Estrechó Berange la mano de Ridoux y salió de su despacho. Una vez en la calle, titubeó un instante. Miró su reloj y palpó su bolsillo interior para asegurarse de que seguía en él la cajita con el diminuto Buda de oro. Luego, tomó la dirección de Mentmartre.

CAPÍTULO II

No obstante las indicaciones precisas del inspector Ridoux, Pierre Berange enteróse en el mismo aeródromo y media hora antes de la señalada para la partida, que había sido dispuesta una importante modificación es su viaje.

Examinó los objetos que el agente portador de los mismos acababa de entregarle, y volvió a leer el texto del expresivo mensaje.

> «Rectifico orden dada esta mañana. Deberá tomar avión comercial que partirá a las diecinueve horas dirección Fort Said. Tome allí pasaje en el "Georgetown" y vigile pasajeras sospechosas, enviando por avión puertos escala, informes obtenidos».

—¿Quién le dio este mensaje? —preguntó al hombre que tenía delante.

—El mismo inspector Ridoux señor —repuso el agente—. Recibió una comunicación urgente desde Marsella referente a las investigaciones que allí se efectúan sobre los pasajeros que dirigíanse a Oriente.

—¿No le dio ninguna otra indicación acerca de los informes que debo enviar?

El agente sonrió significativamente y señaló un pequeño objeto que Berange tenía aun en la mano.

—Me dijo que eso le ahorrará toda explicación.

El muchacho examinó lo que desde un principio le llamara la atención. Tratábase de una diminuta máquina fotográfica provista de microfilm.

—Me lo figuraba —dijo solamente.

Despidióse del agente y se encaminó al bar del aeródromo. Disponía de unas tres horas antes de la partida y allí mataría la espera leyendo los periódicos del día.

Entre los documentos que le mandaba Ridoux, encontró una nota personal en la que dábale instrucciones para evitar cualquier conflicto en su labor. Para ello era preciso abstenerse de todo acto que pudiera despertar sospechas. Por el momento, debía limitarse a impedir que los documentos llegaran a su destino, bien apoderándose de ellos o destruyéndolos, si tal cosa no era posible. No debía olvidar que hasta su llegada a Haiphong encontraríase bajo pabellón británico y que, dada la índole del asunto, no podría solicitar el auxilio de ninguna autoridad.

A la hora prevista despegó el avión del aeródromo. En tanto cruzaban el territorio francés, dedicóse a estudiar las características del caso que obraban en poder de la policía. Luego, tal como se le indicaba, destruyó los papeles que podían serle comprometedores, y trató de dar un descanso a la mente contemplando el paisaje que deslizábase a más de mil metros por debajo de ellos.

La salida del sol sorprendió a Pierre Berange pisando suelo egipcio. Allí se enteró de que el «Georgetown» llegaría al mediodía y que a primeras lloras de la tarde continuaría el viaje.

Dedicóse a recorrer la típica ciudad del delta del Nilo. Entre otras cosas, adquirió algunos útiles y material fotográfico, ya que no dudaba iba a tener que necesitarlo.

No fue al muelle hasta poco tiempo antes de la salida del barco. Subió al mismo y dejóse acompañar al camarote que había reservado. Una multitud de turistas contemplaba desde cubierta el panorama de la ciudad y del puerto. La mayoría de ellos eran ingleses, y escasos los pertenecientes a distinta raza de la europea.

Durante toda la tarde, y mientras el barco descendía por el Canal en busca de las aguas del Mar Rojo, Pierre Berange dedicóse a pasear por cubierta. Aparentaba distraerse en la contemplación del paisaje arenoso y árido que desfilaba a ambos lados del buque; pero la realidad era que ninguno de los pasajeros con quienes cruzábase escapaba a su inspección. Lo mismo hizo durante la cena en el lujoso comedor de primera clase. Sólo había allí una mujer cuyas características podían tener alguna afinidad con la que buscaba; pero no lardó en desechar tal suposición al observar que iba

acompañada de un caballero y de un niño de corta edad.

Era evidente que por aquella parte estaba perdiendo el tiempo. Por ello, no bien hubo concluido la cena, encaminóse a dónde estaban los camarotes de segunda y tercera clase.

Allí era distinto. Había mercaderes, soldados, traficantes y aventureros de todas las razas y condiciones. Las mujeres no estaban en minoría y podíaselas ver en todas partes. Sin embargo, Berange sabía que la mujer que se encontraba en el expreso Marsella la noche del asesínate de Jean Douatz era una mujer hermosa, una mujer cuya belleza no podía pasar desapercibida, aun cuando sus facciones mostraran el sello inconfundible de su ascendencia oriental.

Por espacio de media hora permaneció apoyado en la barandilla de estribor, observando a cuántos pasaban por allí delante. Luego, cansado ya, decidió bajar a los camarotes. En la escalerilla había luz, pero los pasillos aparecían envueltos en una claridad débil y difusa.

Vacilaba en seguir adelante o volver al puente cuando escuchó el ruido precipitado de unos pasos que venían en dirección opuesta. Quedó inmóvil en el centro del corredor, y un segundo después una figura de mujer surgió de la penumbra yendo a tropezar con él.

—¡Ayúdeme, por favor! —suplicó en perfecto francés, mientras asíase desesperadamente a su brazo—. ¡Lo he visto salir de…!

Interrumpióse súbitamente para mirar hacia atrás.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Berange, sorprendido por tan repentina aparición.

La puerta de uno de los camarotes se abrió y un haz de brillante luz fue a proyectarse en la escalerilla de la derecha. A su resplandor pudo Berange distinguir perfectamente la figura de un hombre, aunque la luz sólo iluminaba su parte inferior, desde la cintura hasta medía pierna. Llevaba pantalón blanco; su mano derecha apoyóse en el pasamanos y en ella destacaba una sortija de oro con un magnífico rubí lanzando sangrientos reflejos.

Casi inmediatamente después desapareció. Una mujer acababa de salir del camarote para inquirir la causa de los gritos, pero, al ver a Berange y a la desconocida cogiéndose de su brazo, optó por entrar de nuevo y cerrar la puerta.

—¿Le ha sucedido algo? —Volvió el muchacho a preguntar

tratando de descubrir las facciones de aquella aterrada criatura.

La vio pasarse una mano por la frente y suspirar aliviada.

—No, no es nada —murmuró—. He tenido una horrible pesadilla…

Y levantó sus ojos hacia él.

Involuntariamente, experimentó Berange un ligero estremecimiento. A muy escasos centímetros de su rostro tenía un semblante angustiado del que aún no habían desaparecido los efectos del terror que acababa de sufrir. Tratábase de una hermosa muchacha, de finas y delicadas facciones, ojos ligeramente oblicuos y labios gruesos y sensuales, que se entreabrían jadeantes a causa del esfuerzo hecho para llegar hasta allí.

—¿Por qué huía? —insistió Pierre Berange, intentando calmar la excitación de que daba muestras.

Miró de nuevo hacia atrás al tiempo que llevaba una mano a su garganta.

—Estaba durmiendo en mi camarote y debí sufrir una pesadilla. ¡Oh, perdone! —sonrió disculpándose—. ¿Qué habrá usted pensado de mí?

—¿Está segura de que no le seguía alguien?

De nuevo brilló el espanto en sus pupilas.

—¿Usted lo vio?

—No vi nada —mintió él—; pero supuse que alguien la seguiría.

—¡Claro que no había nadie! —repuso, intentando poner en sus palabras una convicción que no sentía.

—Procure sosegarse. Está muy excitada. Aquí no tiene nada que temer. La acompañaré a su camarote.

—Preferiría quedarme un rato arriba, en cubierta. Me sentará bien tomar un poco el aire.

—Como quiera —accedió Berange—. La acompañaré de todas formas.

Dejo que la muchacha fuera delante y siguióla hasta salir a cubierta. Allí pudo apreciar mejor la belleza de su rostro lleno de singular atractivo. Parecía haberse tranquilizado y sonreía con aparente despreocupación, aunque en varias ocasiones pudo observar como miraba hacia atrás. Vestía un vistoso traje a franjas azules y blancas, que ajustábase maravillosamente a su cuerpo graciosamente delineado, por lo que Pierre Berange juzgó muy poco

probable que con tal indumentaria se encontrara durmiendo al asaltarle la pretendida pesadilla.

—Usted es francés, ¿no es cierto? —le preguntó con un gracioso mohín, mientras colocábase alrededor del cuello un fino pañuelo de seda que hasta entonces estrujara entre sus dedos.

—Exacto —asintió cortésmente—. Lo llamo Pierre Berange y procedo de Burdeos. Me encontraba en Egipto por cuestión de negocios y me dirijo a Hanoi a estudiar el mercado.

—¿Egipto? Debe ser un curioso país… Me gustaría conocerlo.

—Todo lo que no se conoce interesa. Eso mismo me ocurre a mí con Indochina. Es la primera voz que voy a Oriente y, como comprenderá, ello no deja de ejercer en mí una extraña sugestión.

—Posiblemente le decepcionará.

—¿Es usted de allí?

—Sí —asintió la joven—. Nací en Saigón, aunque desde muy pequeña vivo en Francia.

—¿Y vuelve allá para conocer la tierra que la vio nacer?

Notó cómo titubeaba antes de contestar:

—Sí, así es. He conseguido reunir unos ahorros y decidí pasar unas vacaciones al lado de unos parientes que allí tengo.

Uno de los bancos estaba desierto y hacia él se encaminó la joven, dejándose caer con un gesto de cansancio.

—Bien, señorita…

—Delbatt —aclaró—. Me llamo Denise Delbatt. Y le ruego me disculpa esa imperdonable distracción.

—No tiene importancia —sonrió Berengo—. Iba a decirle que esperaba ser considerado un buen amigo suyo, ya que la casualidad nos conduce a un mismo destino. Por mi parte, creo que sus conocimientos del país podrán resultarme beneficiosos.

—No olvide que allí hay guerra.

—¡Bah! Eso no me preocupa lo más mínimo. En nuestros negocios no nos detenemos ante consideraciones de esa índole. Todo comprador es bueno si paga con buena moneda.

—No está bien que usted diga eso.

Pierre miróla fijamente y leyó en sus ojos un fugaz recelo, que desvanecióse instantáneamente.

—Tal vez deba aclararle que mis mercancías son de carácter pacífico. Y no es que piense venderlas a los rebeldes del Viet Minh;

sin embargo, no ignoro que muchos de nuestros compradores no son más que simples intermediarios que, en definitiva, se encargarán de que lleguen a manos de quienes utilicen sus servicios, sean del bando que sean.

—Creo que en eso tiene razón.

Berange guardó silencio y quedóse mirando el resplandor de una hoguera que se distinguía a lo lejos, entre las dunas próximas a la orilla.

—Es ya hora de que me retire a descansar —dijo Denise poniéndose en pie—. ¿Le importaría acompañarme hasta mi camarote?

—Será un placer para mí, señorita Delbatt —respondió Berange.

—Pensará usted que soy una chiquilla miedosa —explicó ella, riéndose de su anterior temor—; pero viajan en este barco muchas personas que no me inspiran demasiada confianza.

—Espero que no me cuente entre ellas.

—Desde luego que no va por usted —rió divertida—. De lo contrario no le habría rogado que viniera.

Apoyóse ella en su brazo y guióle por el mal alumbrado corredor donde poco antes la encontrara por vez primera. Así, en silencio, continuaron hasta detenerse ella ante una de las puertas del fondo. Denise sacó una llave y abrió. Desde el mismo umbral, dio la vuelta al conmutador y el pequeño, camarote iluminóse.

—Ha sido usted muy amable conmigo, señor Berange —habló, volviéndose hacia su acompañante y tendiéndole la mano—. Le ruego me disculpe por las molestias que le he ocasionado.

—Se lo prometo —sonrió él sin soltar su mano—. Si me permite volverla a ver mañana.

—Accedido —repuso ella, mirándole a los ojos.

Volvióse para entrar en la habitación, pero antes dirigió a su alrededor una escrutadora mirada.

—Todo está en orden —dijo a modo de justificación—. Todavía, no he podido sustraerme a aquella pesadilla. Buenas noches, Pierre.

—Buenas noches, Denise.

Antes de que cerrara la puerta pudo Berange ver cómo las ropas del lecho estaban intactas, desvirtuando la afirmación de que la joven estuviese durmiendo cuando le sorprendiera la pesadilla de que le hablara.

Encendió un cigarrillo. Mientras lo hacía, un ruido ligero llególe del otro extremo del pasillo. Estaba en sombras, pero tenía la seguridad de que alguien habíalos estado observando desde allí.

Tomó aquella dirección, pero al llegar a la escalerilla vio que estaba desierta.

Regresó a su camarote y se acostó.

A la mañana siguiente dirigióse de nuevo al encuentro de Denise. La halló en cubierta contemplando la cercana costa, en la que se distinguía un pequeño poblado próximo al mar.

—¡Buenos días! —saludóla sonriente—. ¿Consiguió librarse de la pesadilla de anoche?

—¿Qué pesadilla? —preguntóle ella, fingiendo asombrarse. Pero en seguida echóse a reír—. ¡Ah, sí! Le aseguro que ya no me acordaba.

—No querrá hacerme creer que fui el culpable…

—Desde luego que no. Casi me avergüenzo de haberme asustado.

Sentáronse en un banco, junto a la barandilla, y ya no volvieron a referirse para nada al incidente de la víspera. Por otra parte, Denise parecía haberlo olvidado, ya que hablaba y reía como una chiquilla a cada ocurrencia de Berange. Éste, que llevaba el minúsculo aparato fotográfico oculto tras la corbata, no tuvo mucha dificultad en obtener un par de fotografías de la joven.

Una vez se hubieron separado, encerróse el agente en su camarote y procedió al revelado de los negativos. Faltaba muy poco para la escala de Yeddah, y deseaba enviar al inspector Ridoux los dos clisés que servirían para la identificación de la mujer que viajaba a bordo del «Georgetown».

Cerraba el sobre conteniendo los dos negativos cuando ya el vapor hallábase en el puerto. Como solo verificaba allí una breve parada, ninguno de los pasajeros fue autorizado a desembarcar; pero Berange consiguió que su carta fuera cursada, a fin de alcanzar el primer avión para Inglaterra.

Cuarenta y ocho horas más tarde, navegando ya el «Georgetown» en pleno Océano índico, recibió Berange un radiograma con la respuesta de Ridoux. Era lacónico, pero su redacción no dejaba lugar a dudas.

«Recibidas muestras. Exactamente género deseado. Consígalo a cualquier precio.

»Jacques».

Al anochecer desencadenóse un violento temporal propio de las latitudes donde se encontraban. El viento soplaba con furia y las olas sometían al barco a una danza endiablada, que ponía en grave riesgo la estabilidad de cuántos aventurábanse a permanecer en cubierta.

Pierre y Denise se refugiaron en el bar, uno de los lugares donde mejor podían defenderse de la inclemencia del tiempo. Sin embargo, poco antes de las once, la muchacha rogó a Berange que la acompañara a su camarote.

Tras haberse despedido, el muchacho subió a cubierta en lugar da volver a los departamentos de primera. Enfundado en su impermeable, complacíase en dejar vagar la mirada por las negruras que rodeaban el barco. Olas imponentes levantábanse por doquier, espumeantes, con extrañas fosforescencias en las crestas, rugiendo amenazadoras en su acoso tenaz centra los costados de la nave.

El puente de estribor esta desierto y sólo iluminado por el débil resplandor que procedía de una de las lámparas que pendían de la entrada al corredor. Las demás habíanse apagado.

Pierre Berange permaneció allí cerca de diez minutos. Luego se puso en pie para regresar a su camarote; e iba ya a descender por la escalera cuando un grito, cortado bruscamente, le hizo detenerse.

Volvióse y escudriñó el puente desierto. Nada advertíase anormal, y por un instante llegó a dudar si lo que había escuchado no fuera una alucinación de sus sentidos. No resultaba extraño que entre el fragor del huracán cualquiera de los mil ruidos que se escuchaban, entremezclados le hubiera parecido el grito de alguien que hallárase en peligro.

Involuntariamente, acudió a su pensamiento el recuerdo de Denise. La había conocido en circunstancias un poco extrañas y aun no habíasele olvidado la fugaz visión del hombre cuyo dedo índice de la mano derecha lucía un soberbio rubí.

Arrimóse a la pared en sombras y trató de inquirir el motivo de aquel grito.

De pronto al fondo del pasillo vio aparecer unas sombras. Movíanse de un modo extraño, como si ejecutaran una ridícula danza. Inmediatamente comprendió Berange que estaban forcejeando. Ambas desplazábanse hacia la barandilla del buque, y no resultaba aventurado suponer que una de ellas esforzábase por arrastrar a la otra, con el indudable propósito de arrojarla por la borda.

Berange comprendió que no debía perder un instante. Salió de su escondite y corrió con toda la celeridad que le permitieron sus piernas y la estabilidad del barco.

Una media docena de metros antes de llegar a los que luchaban, fue descubierta su presencia. Eran un hombre y una mujer; y el primero, al saberse sorprendido, lanzó a su antagonista en dirección al agente.

La violencia del empujón la hizo rodar por el suelo. Berange tuvo que saltar de lado para no tropezar con el cuerpo que había a sus pies. Se detuvo junto a él; y entonces reconoció a Denise. Vestía un fino camisón de dormir y todo su cuerpo estaba empapado del agua que el vendaval lanzaba sobre aquella parte del buque.

—¡Denise! —exclamó sorprendido.

Miró hacia el que huía, y una rabia intensa apoderóse de su ser. Echó a correr en su seguimiento, pero en aquella obscuridad no tardó en perderlo de vista.

Regresó junto a la muchacha. Se había arrastrado hasta uno de los bancos y asíase a él, histéricamente, sollozando.

—Denise —hablóle suavemente mientras la levantaba—. No tiene ya nada que temer. Debe tranquilizarse y regresar a su camarote. Está temblando de frío.

—Gracias a Dios… que escuchó usted mi llamada —murmuró, apoyando su cabeza en el hombro del joven—. Creí que iba a morir…

—¿Por qué no me cuenta la verdad de lo que le ocurre? —preguntóle cariñosamente, empleando un tono de fraternal protección.

—No puedo. Tal vez algún día…

Pierre Berange dejó que se apoyara en su brazo, y así, en esta forma, acompañóla hasta su camarote.

—¿Querrá aguardar ahí fuera? —le rogó ella con voz

temblorosa.

El muchacho quedó en el pasillo. Unos minutos más tarde, Denise abría nuevamente la puerta. Había arreglado ligeramente su revuelta cabellera y envuelto su cuerpo con una bata de seda color crema.

—Pase, Pierre. —Hablóle en un tono familiar que no dejó de agradar al agente del D. B—. No ignoro lo mucho que le debo.

Berange dio unos pasos por el interior y volvióse hacia la muchacha.

—¿Quién era el hombre que intentaba arrojarla al agua? —preguntó, como si no tuviera gran interés en entrar al fondo de la cuestión.

—No lo sé. Ignoro por qué trataba de hacerlo.

—¿Tiene, acaso, enemigos?

—No; no creo haberlos tenido nunca. Pero ahora…

Berange sabía que estaba mintiendo y no quiso insistir.

—Es evidente que corre peligro —le dijo—. Hará bien en cerrar la puerta por dentro cada noche, y asegurarse antes de que nadie se ha escondido en el camarote.

—Lo haré.

Dio la vuelta y dirigióse hacia la puerta. Al llegar a ella volviéndose hacia Denise que lo contemplaba con manifiesta curiosidad, sacó de su bolsillo un pequeño revólver y entregóselo.

—Tome. Pudiera llegar a serle útil.

Denise lo contempló unos instantes, dejándolo luego sobre la cama.

—Gracias —le dijo—. Mañana por la mañana se lo devolveré. Mientras, me sentiré más tranquila.

—Buenas noches, Denise.

La muchacha tendióle una mano, que Berange estrechó con fuerza.

—Buenas noches, Pierre —murmuró, acercando su rostro al del argente de un modo harto peligroso—. No sabe cuánto le agradezco lo que ha hecho por mí.

Berange sintió que una intensa turbación lo invadía, mas logró mantenerse firme. Sonrió a Denise y alejóse por el corredor.

Ya en cubierta, pareció volver en sí. En un instante diose cuenta de que estaba pisando un terreno singularmente peligroso.

Encontrábase allí vigilando a una desconocida acusada de asesinato y robo de importantes documentos; tenía órdenes de no perderla de vista y aprovechar la primera oportunidad para tratar de conseguir les papeles que interesaban a su Gobierno, y, en lugar de ello, dejábase envolver en las sutiles mallas de la fascinación que sobre él ejercía, hasta el punto de que sospechaba que iba empezando a enamorarse perdidamente de la muchacha.

Sin embargo, no dejaba de reconocer que hasta el momento la suerte habíasele mostrado propicia. Había trabado íntima relación con Denise y, con ello, dado el primer paso en la consecución de su objetivo. Estrechando las relaciones, bajo tan buenos auspicios comenzadas, era más que probable que llevara su misión a feliz término.

Ya en su camarote, púsese a reflexionar acerca del misterioso personaje que por dos veces había intentado hacer de Denise la víctima de sus criminales maquinaciones. ¿Qué relación existiría entre la una y el otro? Berange sabía que Denise no actuó sola en el expreso de Marsella la noche del asesinato del falso Jean Douatz. Sin embargo, no era probable que fuese aquél cómplice quien ahora tratara de librarse de la joven.

—¿Y si lo fuera…?

Pasó cerca de una hora tejiendo y destejiendo diversas conjeturas. Al final no estaba más cerca de la solución que cuando comenzara. Y comprendiendo que un buen descanso lo permitiría ver las cosas con mayor claridad metióse en el lecho, no tardando en quedarse dormido.

CAPÍTULO III

La escala de Bombay era la primera de importancia que realizaban en el viaje. El barco entraba en el puerto con las primeras tonalidades del maravilloso crepúsculo hindú y no lo abandonaría hasta el amanecer del siguiente día.

Sobre cubierta, muchos de los pasajeros encontrábanse ya dispuestos a aprovechar aquella detención para saltar a tierra y admirar de cerca las múltiples y típicas facetas de aquel suelo y su raza milenaria.

Al dirigirse a cubierta, encontró Berange a Denise en compañía de una joven maestra inglesa que iba a Colombo a ejercer su profesión. Desde la noche del temporal en que a Denise le ocurriera el misterioso percance que tan graves consecuencias pudo tener, la muchacha parecía haberse retraído bastante de la compañía de Berange. Sin embargo, el joven se dijo que si algún motivo existía no podía ser otro que el deseo de la muchacha de evitar toda relación que pudiera dificultar la misión que habíasele confiado.

—¿Dispuestas a bajar a tierra? —preguntó, luego de saludar a las dos mujeres.

—¿Piensa usted hacerlo, Pierre? —replicó Denise, contemplando la multitud que iba y venía por el muelle.

—Desde luego. Precisamente tengo encargada una mesa para tres en un típico restaurante no muy lejos de aquí.

Media hora más tardo descendían por la pasarela, dispuestos a cenar fuera del buque.

Los alrededores del muelle bullían de un gentío compuesto en su mayoría de indígenas. Veíanse merenderos transportando sus mercancías, mendigos implorando a viva voz la compasión de los transeúntes chiquillos medio desnudos asaltando a los viajeros; vendedores, faquires, encantadores de serpientes, mezclados todos en abigarrada profusión de colorido.

A unos doscientos metros del muelle descubrieron los reflejos luminosos de un moderno establecimiento, destacando estridentemente como un heraldo de la vieja Europa en aquel mar de exóticas pinceladas.

Tratábase de una especie de *cabaret*, el «Oriental», como así lo proclamaba en inglés la inscripción que había sobro la puerta.

Un camarero, deshaciéndose en exageradas reverencias, acompañóles hasta una de las mesas, próxima a dónde una reducida orquesta ejecutaba en aquellos momentos una pieza de extraño ritmo.

Estaba terminando la cena, y en el pequeño escenario unas danzarinas envueltas en tules de colores ejecutaban una armoniosa danza, cuando Berange se puso en pie y palpóse los bolsillos.

—¡Vaya memoria la mía! —exclamó con un gesto de contrariedad—. He dejado olvidada mi cartera en el barco.

—No debe apurarse por tan poca cosa —sonrió Denise, mirándolo divertida—. Traje mi bolso y llevo en él dinero suficiente para poder arreglarlo todo.

—No podría consentirlo, Denise. El barco está cerca de aquí y en unos pocos minutos estaré de regreso.

Ninguna de las dos mujeres hizo nuevas objeciones, y Berange salió del establecimiento.

Ya en la calle dirigióse con toda la velocidad que sus piernas le permitían hacia el muelle donde se encontraba el «Georgetown». Sin titubear encaminó sus pasos hacia el camarote de Denise. Estaba desierto el pasillo y, como de costumbre, una luz débil apenas si conseguía arrinconar las sombras que envolvíanlo.

Aguzó el oído mas no consiguió percibir ningún ruido próximo. Solamente, de cubierta le llegaba el rumor de algunas voces y, algo más apagado, el murmullo de la vida nocturna de Bombay.

Sacó, un manojito de ganzúas y comenzó a tantear en la cerradura. No le faltaba habilidad en aquella práctica, y así, al minuto escaso, advirtió cómo la puerta cedía a su empuje.

Entró en el camarote, cerrándolo presto. Del bolsillo extrajo una lamparita, cuyo haz brillante no tardó en deslizarse por las tinieblas del cuarto.

Comenzó a obrar con celeridad y dominio de sus nervios. Los cajoncitos del secreter fueron registrados cuidadosamente, las dos

maletas abiertas y examinado su contenido. Luego, dedicóse a rebuscar por los más inverosímiles escondrijos del camarote. Y, de pronto…

El ruido apagado de una llave al introducirse suavemente en la cerradura hizo dar un vuelco a su corazón.

Corrió Berange a ocultarse tras uno de los cortinajes. Por un momento temió que se tratara de la propia Denise que había decidido regresar al camarote, pero no tardó en ver desvanecidas sus dudas.

La silueta de un hombre recortóse en la tenue claridad del umbral. Vaciló un segundo antes de entrar. Luego cerró la puerta y encendió la linterna que llevaba consigo.

El foco de luz fue a posarse sobre la litera vacía. De allí trazó un arco hasta alcanzar el cortinaje tras el cual Berange encontrábase oculto.

Inmediatamente comprendió que había sido descubierto. Saltó de lado en el mismo instante que un objeto silbaba siniestramente y clavábase en la pared, en el mismo lugar que una fracción de segundo antes ocupara su cuerpo.



Inmediatamente comprendió que había sido descubierto.

Apagóse la linterna cuando ya Berange se abalanzaba en aquella dirección. Su cuerpo fue a dar de lleno contra el del misterioso visitante, y la violencia del impacto hizo rodar a los dos hombres por el suelo.

Durante un minuto largo sólo escuchóse en la obscuridad del

cuarto los golpes que cruzaban ambos contendientes, acompañados del jadear de sus respiraciones. Luego, bruscamente, el combate cesó. Separados en una de las contingencias de la lucha ambos quedaron inmóviles, desorientados acerca del respectivo lugar ocupado por su rival.

Berange ignoraba si el desconocido disponía de alguna otra arma, y en aquella situación era peligroso arriesgarse a dar de nuevo con él. Aguzó el oído y, con los músculos en tensión, esperó la llegada de una nueva acometida.

Un roce apenas perceptible dejóse oír hacia la derecha. Sabía que tenía que habérselas con un experto en la lucha cuerpo a cuerpo y era preciso no descuidarse un instante. Continuó pues, sin moverse, conteniendo incluso la respiración. El roce cesó, y bruscamente abrióse la puerta del cuarto, saliendo de él la figura de aquel extraño personaje. No bien lo hubo hecho saltó Berange en su persecución; pero bien pronto comprendió que, en la obscuridad y desconociendo aquella parte del barco, resultaba una difícil tarea darle alcance.

Entró de nuevo en el camarote y dejó en orden lo que allí había. Al mirarse en el espejo para ordenar su revuelto cabello, diose cuenta de que tenía una herida en la frente, de la que manaba sangre. Limpióla la mejor que pudo y se dispuso a salir. Antes, sin embargo, buscó el objeto que el misterioso visitante nocturno arrojara contra él.

Tratábase de un afilado puñal cuya empuñadura representada un dragón trepando por una columna, La talla en bronce era admirable por su rara perfección.

Pierre Berange lo envolvió en su pañuelo, saliendo seguidamente de allí para regresar al «Oriental».

En la mirada de asombro y de temor a un tiempo que apareció en los ojos de las dos mujeres adivinó el joven que iba a resultarle difícil dar una explicación satisfactoria.

—¿Qué le ha ocurrido, Pierre? —preguntó Denise, poniéndose en pie.

—No es nada de particular —repuso él, sonriendo para quitar importancia—. Me extravié y, sin darme cuenta, me vi envuelto en un tumulto que armaron unos cuantos hindúes. Creo que recibí algún golpe.

—Le han herido en la cabeza —observó la señorita Willett, que así se llamaba la acompañante de Denise.

—Lo esencial es que he vuelto con la cartera —sonrió Berange, sin dar mayor importancia.

Y tomando nuevamente asiento a la mesa, sacó un cigarrillo. Mientras lo encendía aparentó mirar al escenario; pero de reojo dábase cuenta de que Denise no quitaba la vista de él. Indudablemente, no habíale convencido la explicación que acababa de dar del motín y de su intervención.

Era cerca de la medianoche cuando regresaron al barco. El agente acompañó a Denise hasta su camarote. Sin entrar en él, tendióle una mano a modo de despedida.

—Buenas noches, Denise. Lo deseo que disfruto de un sueño agradable.

Ella quedósele mirando, sin corresponder a su gesto.

—¿Quiere entrar un momento… por favor?

Pierre entró en la habitación. Intuía que la muchacha albergaba serias dudas respecto de las explicaciones por él dadas en el «Oriental».

La vio agacharse y recoger un objeto del suelo. Al instante reconoció que tratábase de uno de los gemelos de ero que él usaba.

—Ha debido caérselo a usted, aunque no comprendo cómo —le dijo con alguna sorna.

Pierre lo miró un instante y guardólo en su bolsillo, sin hacer el menor comentario.

—¿Qué es lo que está pensando de mí? —dijo al fin, viendo que ella se había encerrado en un largo mutismo.

—Cómo se hizo esa herida —respondió lacónicamente. Y señalando unas manchitas en el suelo, añadió—: Porque no hay duda que se la hizo estando en mi camarote.

—Está bien —repuso Pierre, fríamente—. Ocurrió peleando con ese misterioso personaje que tanta preferencia parece demostrarle. —Sacó el puñal que guardaba en el bolsillo y mostróselo—. Vea lo que estuvo a punto de impedirme regresar al «Oriental».

Denise sólo le dirigió una inexpresiva mirada.

—¿Puede decirme lo que vino a buscar a mi camarote?

—Se lo diré si antes contesta a otra pregunta mía. ¿Le parece?

—No pienso contestar a ninguna pregunta suya —replicó con

altivez—. Y ahora, Pierre Berange… o como se llame, le ruego que salga de aquí.

Berange guardó nuevamente el puñal y dirigióse a la puerta. Ya iba a salir cuando Denise sacó el revólver que le entregara unas noches antes, devolviéndoselo.

—Es posible que pueda hacerle más falta que a mí. Buenas noches.

El «Georgetown» detuvo sus máquinas unas dos millas antes de entrar en Haiphong. Se encontraba a la altura del brazo superior del delta, y por la parte de babor podía distinguirse la tierra a una distancia tan escasa que veíanse perfectamente los indígenas que se hallaban en la orilla.

La obscuridad avanzaba rápidamente por todo el golfo del Tonkin. En su camarote, Pierre Berange disponía el equipaje cuando se produjo la detención del barco. Subiendo inmediatamente a cubierta, preguntó a un oficial los motivos de aquello.

—Se debe a una orden que acabamos de recibir de las autoridades inglesas —respondió el aludido—. Indudablemente, una simple visita para cubrir ciertas formalidades sanitarias.

Berange aprovechó aquella oportunidad para tratar de ver a Denise, pero no encontróla por parte alguna. Desde hacía varios días que apenas si había podido cambiar con ella más que muy breves palabras de cortesía. Adivinaba que la muchacha, sospechando de sus intenciones, trataba cuanto le era posible de evitarle.

Igualmente, cuántos esfuerzos hizo Berange por localizar al hombre que tan interesado parecía en deshacerse de la muchacha resultaron infructuosos. O esquivábale muy hábilmente o permanecía la mayor parte del tiempo oculto a las miradas de los pasajeros.

Berange ignoraba si tratábase de un individuo de la tripulación o formaba parte del mismo pasaje, aunque inclinábase a creer en la segunda hipótesis.

Media hora más tarde, una lancha a motor detúvose junto al buque. Tres, hombres uniformados subieron a bordo, pasando seguidamente a cumplimentar al capitán.

Transcurridos unos minutos, un oficial llamaba a la puerta del camarote ocupado por el agente.

—El capitán le ruega acuda a su despacho, señor Berange —le dijo—. Tiene que hablarle de un asunto importante.

Siguió al mensajero y poco después entraba en la salita donde el capitán del «Georgetown» departía con las autoridades francesas que se encontraban a bordo.

—¿Es usted el señor Pierre Berange? —preguntóle el oficial inglés.

—Sí, señor —repuso.

El teniente Belard tiene algo que comunicarle —dijo, indicándole uno de los oficiales que se encontraban allí—. Pueden pasar a esa salita, si lo desean.

—Gracias, capitán —correspondió el oficial—. ¿Me hace el favor, señor Berange?

El agente entró en el departamento contiguo, seguido del teniente Belard. Éste cerró la puerta tras de sí y quedóse mirando fijamente al muchacho.

—¿Es usted el señor Pierre Berange, del «Deuxieme Bureau»?

—Sí, yo soy. ¿Qué es lo que desea?

—Se ha recibido una comunicación del Servicio Diplomático relacionado con cierto asunto que le confiaron.

—Bien. ¿De qué se trata?

—Habrá policía en el muelle al desembarcar los pasajeros que vienen a nuestro país. Tienen orden de detener a la persona que usted está vigilando.

Berange entornó los ojos y quedó unos instantes pensativo.

—Está bien. Así lo haré.

—Debe limitarse a acompañar a esa persona y a indicar su presencia a los agentes que allí se encuentren. ¿Tiene algo que objetar?

—No, nada.

—Perfectamente, señor. Buenas noches.

Y cuadróse militarmente saludando al agente.

Salió éste del departamento, dirigiéndose a cubierta. Una vez en ella, aspiró con fuerza el aire suave de la noche, y recostado en la baranda, quedase mirando las luces de las hogueras que brillaban en la orilla.

Le sacó de su abstracción el ruido de la lancha motora al ser puesta en marcha. Vio las blancas siluetas de los oficiales franceses

destacarse en la negrura del mar. Inmediatamente, el faro de proa se encendió y la canoa alejóse del buque en dirección al coreano puerto.

Diez minutes más larda el «Georgetown» reanudaba la marcha. Las luces de Haiphong aparecieron a poco, y sobre cubierta comenzaron a siluetarse los pasajeros que allí rendían su viaje.

Berange fue de los primeros. Sentía en su corazón un amargo dolor al advertir cercana la hora en que iba a enfrentarse con Denise y la dura realidad que imponíale su deber.

Trató de descubrirla entre los pasajeros, pero no lo consiguió. Indudablemente, estaría aún en el camarote terminando de preparar sus cosas.

Dos oficiales, acompañados del capitán, comparecieron cuando ya el buque rozaba el muelle. Con unos papeles en mano iban constatando la identidad de los que disponíanse a descender. Eran solamente nueve personas, pero allí había ocho. Faltaba Denise. Berange no se extrañó demasiado cuando oyó llamarla en alta voz.

—¡Señorita Denise Delbatt!

Nadie respondió. El oficial repitió por dos veces aquel nombre. Luego habló con el capitán y dirigióse hacia donde estaba el pasaje de tercera.

Siguióle Pierre Berange. Al llegar al camarote, comprendió al instante que Denise ya había salido de él. Pero allí quedaba su equipaje.

—Es extraño que no esté aquí —comentó el oficial.

—Sería conveniente registrar el barco, por si se halla oculta en algún rincón.

—¿Oculta?

—La señorita Delbatt va a ser detenida apenas pise tierra —aclaró el muchacho—. Posiblemente ha sospechado lo que ocurre, o ha tenido conocimiento de ello por algún medio que no puedo comprender.

—Está bien, señor. Haré que registren el barco.

Autorizóse a los pasajeros a desembarcar, quedando Berange junto a la pasarela de salida. Entretanto, tres grupos de marineros realizaban una búsqueda minuciosa por todo el buque. Pero Denise no aparecía por parte alguna.

En los primeros momentos llegó Berange a sospechar que

pudiera haber sido víctima del misterioso personaje que en otras ocasiones había intentado matarla; pero, reflexionando más detenidamente, llegó a la conclusión de que Denise adivinó lo que la esperaba y había decidido ganar a nado la orilla próxima aprovechando la obscuridad reinante.

Dejó, no obstante, encargado al capitán que hiciera entrega de la joven a las autoridades del puerto, en el caso de que llegara a aparecer antes de proseguir el viaje hacia Hong Kong.

Ya en tierra, dio cuenta al inspector que mandaba las fuerzas de policía encargadas de efectuar la detención de la joven de que ésta ya no encontrábase a bordo, sugiriéndole la conveniencia de establecer una vigilancia próxima a la costa debido a la posibilidad de que Denise Delbatt hubiera llegado a ella a nado.

Un annamita menudo y de largo cabello que le llegaba hasta más abajo de los hombros, ofrecióse para llevar su equipaje al hotel.

No había cruzado aún la puerta cuando una voz alegre le llamó.

—¡Pierre! ¡Demonio de chico! ¿Qué has venido a buscar por aquí?

Al mismo tiempo, un joven de unos treinta años salió de la obscuridad del jardincillo que había delante del edificio.

—¡René! ¡Qué sorpresa! ¡No esperaba encontrarte por estas tierras!

Los dos jóvenes se dieron un fuerte abrazo.

—Te creía todavía en Marsella, trabajando en la redacción del periódico.

—¡Bah! —repuso René de Martigny, moviendo la cabeza con aire de disgusto—. Aquello era ya pequeño para mí. Ofreciéronme una buena plaza en la Agencia de Información «Internationale
F. A. P.»
y me enviaron aquí como corresponsal de guerra.

—¿Cómo van las escaramuzas?

—Ahora está todo un poco en calma; pero apostaría la cabeza a que no tardará en suceder algo gordo. Se masca en el ambiente.

—Tal vez tengas razón. A causa de ello he venido yo aquí.

Y Pierre Berange procedió a contar a su amigo de la Universidad los motivos por los que acababa de llegar a Indochina.

—¡Eso es magnífico! —exclamó René de Martigny, entusiasmado —. ¡Precisamente lo que me hacía falta hasta que se produzcan

nuevos encuentros con los rebeldes del Viet Minh!

Berange movió la cabeza con sincero pesar.

—Lo siento, René pero se trata de algo muy reservado. La más insignificante publicidad resultaría fatal para mi trabajo.

—Sin embargo, te prometo no hablar una palabra con nadie hasta que tú me autorices.

—Pero…

—Piensa que puedo ayudarte eficazmente, Pierre —insistió de Martigny con decisión—. Conozco muy bien estos lugares y sé cómo las gastan sus habitantes. Estoy seguro de que no te arrepentirás.

Berange quedósele mirando unos instantes en tanto reflexionaba. Seguidamente, una franca sonrisa encendióse en sus facciones.

—Acepto —le dijo tendiéndolo su diestra.

—Pues, entonces, manos a la obra. Deja tu equipaje aquí y vamos a dar una vuelta.

No bien abandonaron el hotel, fueron a hablar con el comisario de la policía local.

Berange le dio una descripción lo más exacta posible de la mujer a quien debían buscar, así como la orden de que se hiciera cargo del equipaje que aún estaba a bordo del buque.

—Es indudable que la chica no se quedará por aquí sino que procurará llegar cuanto antes a Hanoi. Allí es a dónde tenemos que ir.

—¿Cuándo sale el primer tren? —preguntó Berange.

—No saldrá hasta media mañana; pero al amanecer parte el vaporcito que remonta el curso del río. Llega a Hanoi un poco antes que el tren.

—En este caso podemos ir en el vapor, y si en él no viaja Denise aguardar la llegada del convoy.

Regresaron al hotel, y poco antes del amanecer subían a bordo del vaporcito que hacía el servicio entre Haiphong y la capital del Tonkin. No obstante haberse situado en un lugar estratégico, no vio Berange ni rastro de la mujer que estaba buscando.

Habrían recorrido aproximadamente la mitad de la distancia entre los dos puertos, cuando Pierre Berange hizo un descubrimiento.

Se encontraba solo, apoyado en la barandilla y mirando las

márgenes del río cubiertas de exuberante vegetación, cuando tuvo el presentimiento de que un par de ojos estaban fijos en él.

Berange siguió por espacio de unos segundos en la misma actitud. Luego aparentó cansarse de aquella postura y volvióse de espaldas, apoyando los codos en la baranda.

A unos cinco o seis pasos estaba un annamita sentado sobre un rollo de cuerdas. Vestía a la europea; y, al volverse Berange, encendía un cigarrillo.

La mirada del agente fue instantáneamente atraída por la sortija que ceñía el dedo índice de la mano derecha. Engarzaba un magnífico rubí y no ere aquélla la primera vez que contemplaba tal sortija.

En el acto acordóse de la primera noche de su encuentro con Denise, cuando ella corría por el pasillo huyendo del misterioso personaje que continuamente acosábala. Recordaba perfectamente la mano que vio destacarse dentro del área luminosa junto a la escalerilla que conducía a cubierta. Y aquella mano lucía una sortija exacta a la que ahora estaba viendo.

Desvió la mirada y fingió distraerse en la contemplación de un grupo de chiquillos que, no lejos de allí, jugaban ruidosamente. Cabía la posibilidad de que se tratase de una coincidencia; pero estaba seguro de que aquel annamita habíase hecho blanco de su atención, y tal circunstancia resultaba ya de por si singularmente sospechosa.

Vio cómo aquel individuo, encendido ya el cigarrillo seguía su marcha con aire despreocupado. Aguardó Berange a que estuviera a cierta distancia, y entonces marchó en busca de su compañero René.

—Creo que acabo de dar con el hombre que demostraba tan siniestras preferencias por Denise —le dijo, obligándolo a levantarse del sillón donde dormitaba.

—¿Estás seguro?

—No creo equivocarme. Sería interesante vigilar sus movimientos, y eso es lo que vas a hacer tú.

—¿Dónde está el tipo ése? —inquirió René poniéndose en pie.

—Lo dejé en la cubierta superior. Iremos allá y te lo mostraré. Tendrás que seguirlo y no perderlo de vista.

—¿Y dónde podré luego dar contigo?

Pierre quedé un momento pensativo.

—Nómbrame algún hotel de Ja capital.

—El «Metropol». Creo que allí te encontrarás a gusto.

—Bien; allí estaré aguardándote o dejaré una nota con la indicación de dónde me encuentro. ¿Comprendido?

—Conforme, Pierre.

Subieron a la cubierta, y el agente indicó a su amigo el lugar donde el misterioso personaje se había detenido. René dio su asentimiento con una leve inclinación de cabeza. Luego, Pierre continuó su paseo.

Poco antes del mediodía, el vaporcillo llegaba a la capital del Tonkin. Cerca de la pasarela estuvo Berange observando como los pasajeros iban descendiendo uno a uno. Entre ellos estaba el sospechoso annamita. A poca distancia y confundido con un grupo de europeos estaba René de Martigny.

Todavía permaneció Pierre unos minutos, por si conseguía descubrir a Denise; pero convencióse bien pronto de que la muchacha no podía estar a bordo del transporte.

Saltó a tierra y se hundió en la riada humana que llenaba la calle próxima al muelle. Por entre las casas veía la fangosa corriente del río Rojo, con su población movible de «sampangs» alineados apretadamente. De ellos surgía una discordante algarabía de voces chillonas, ladridos de los perros, gruñidos de cerdos y cacareo de los gallos. Allí tenían su vivienda una gran parte de la población indígena.

Las jóvenes annamitas llamaban poderosamente la atención de Pierre: pero todas ellas distaban visiblemente de ofrecer algún parecido con Denise. Indudablemente, la muchacha que conoció en el «Georgetown» era hija de blancos con alguna ascendencia de aquella raza mongólica. Ahora ya no dudaba de que no sería difícil reconocer a Denise si alguna vez daba con ella.

Desvióse por una calle menos concurrida y que desembocaba directamente en el lago de la Espada. Tratábase de un barrio comercial, a juzgar por la cantidad de bazares que en él había.

Uno de los escaparates atrajo su atención. Sobre un lienzo negro resaltaban las más diversas y extrañas joyas, obra maravillosa de los hábiles artífices orientales. Había en el centro un estuche forrado en seda azul conteniendo una gruesa cadena de oro. De su parte central pendía un pequeño objeto del mismo metal, y, al

aproximarse más para examinarlo, descubrió Berange que se trataba de un pequeño Buda.

Inmediatamente se acordó del que le entregara Ridoux y que había sido encontrado en la crispada mano de Jean Douatz. Lo sacó del estuche en que lo guardara y contemplólo atentamente, comparándolo con el que había en el escaparate. Era evidente que se trataba de dos Budas iguales.

Sin vacilar entró en el establecimiento. Un hombrecillo menudo y provisto de gruesas antiparras quedósele mirando un instante. Luego se le acercó, inclinándose reverentemente.

—¡Buenos días, señor!

—Buenos días —correspondió Pierre. Y, volviéndose hacia el escaparate, señaló aquel estuche—. ¿Quiere hacerme el favor de enseñarme esa cadena?

El comerciante empinóse sobre sus zapatillas y miró la joya que Pierre le indicaba.

—Lo siento, señor —dijo casi inmediatamente—. No está en venta.

Era indudable que el agente no esperaba tal respuesta, ya que tardó unos segundos en reaccionar.

—Si no está en venta… ¿por qué la tiene ahí expuesta?

—Se trata de un reclamo de la casa, señor —explicó el hombre, con suave inflexión—. Sólo los confeccionamos como encargo. Puedo, si lo desea, enseñarle otras parecidas…

—No, gracias. Me gustó esa figurilla del colgante. ¿Me permite al menos, verla?

El comerciante tomó el estuche y entregósolo a Berange.

—¿Confeccionan aquí estas figurillas? —preguntó, admirándola.

—Sí, señor.

Berange sacó la que guardaba en el bolsillo y la comparó con la que pendía de la cadena. Bastóle una sola mirada para ver que eran idénticas.

Observó que el joyero le contemplaba intrigado.

—Perteneció a una amiga mía —explicó sonriendo—. Me la regaló… ¿Acaso salió de su establecimiento?

El annamita tomóla cuidadosamente y acercóse a la luz. Dióle la vuelta y por unos instantes la examinó con atención.

—¿Dice que se la dio una mujer? —preguntó, sin dejar de mirar

el objeto de oro.

—Sí —mintió Pierre, adivinando que había conseguido intrigar al dueño de la joyería.

—Esa figurilla jamás formó parte de una joya para mujer —dijo al fin—. Sólo van unidas a esas cadenas, tal como está en el estuche.

—¿Está seguro?

—Completamente seguro, señor —sonrió aquel hombre—. Ha salido de nuestro taller. Puedo comprobarlo por la contraseña que lleva. Incluso podría decirle el nombre de la persona que lo compró.

Berange quedósele mirando, sorprendido.

—¿Puedo creer que está hablando en serio?

El hombrecillo sonrió enigmáticamente y devolvióle el pequeño Buda.

—Sólo quería demostrarle que fue confeccionado en mi establecimiento. Además de la contraseña, cada figurilla lleva un número de identificación. Y suelo anotar cuidadosamente el nombre del comprador… Véalo usted mismo.

Y le señaló unos signos extrañas grabados en la parte inferior.

—Bien —sonrió—. Ha conseguido usted intrigarme. Dígame quién lo adquirió y la fecha en que salió de esta casa.

El comerciante recogió el estuche, que volvió a dejar en el escaparate.

—Haga el favor de aguardar unos minutos.

Y desapareció por una puertecilla que abríase al fondo del establecimiento.

Poco menos de cinco minutos tardó en reaparecer. Traía consigo un libro en el que veíanse numerosas anotaciones o signos, para Berange totalmente incomprensibles.

—Todavía no hace, medio año que fue vendida a un rico propietario, cuya casa se encuentra a poca distancia de la ciudad —dijo—. Su nombre es Huang Nhai y posee extensos arrozales a orillas del río.

—¿Está lejos da aquí?

—No. ¿Acaso desea verlo?

—Me gustaría hablar con él.

—Uno de mis ayudantes puede llevarle hasta allí.

—Acepto.

El annamita dio unas palmadas y, por detrás del lienzo que

ocultaba la puerta, apareció la cabeza de un chiquillo. Habló con él unas palabras al tiempo que con la mano golpeaba ligeramente su cabeza.

—Li irá con usted. Él conoce el camino hasta la casa de Huang.

Berange miró al pequeño, y éste sonrió, asintiendo.

—Gracias —dijo al dueño, despidiéndose de él—. Buenos días.

—Buenos días, señor.

Salió Pierre del establecimiento, precedido del pequeño, que caminaba delante de él dando pequeños saltitos. De haberse vuelto hubiera visto cómo tres rostros le observaban desde detrás de los cristales del escaparate.

Un minuto más tarde dos hombres salían por la puerta trasera del establecimiento y dirigíanse con desusada celeridad hacia el río. Una vez allí, subieron a una de las embarcaciones amarradas a la orilla y comenzaron a remar vigorosamente hacia el norte.

CAPÍTULO IV

René de Martigny estaba dispuesto a recorrer el Tonkin hasta sus más remotos confines, si ello era preciso, para obtener algún informe satisfactorio acerca del hombre que Pierre le había indicado.

Mientras se adentraba en el barrio indígena de la capital, preguntábase intrigado a dónde pensaba dirigirse el annamita cuyo dedo índice de la mano derecha lucía una sortija valiosa, en la que resallaba el magnífico rubí que tanto llamara la atención de Pierre Berange.

Sin embargo, quiso la casualidad que aquella vigilancia se interrumpiera a la media hora de haberse iniciado.

Cruzaban uno de los barrios cercanos al río, cuando vio el francés que su hombre deteníase de repente y se ocultaba entre un grupo de indígenas que rodeaban a un vendedor ambulante. René comprendió que algo había sobresaltado al annamita.

Miró hacia el otro extremo de la calle y no tardó en descubrir la causa de aquella detención. Tratábase de una mujer vestida a la europea, pero cuyas facciones delataban el ascendiente de aquella raza milenaria. Era muy bella, a pesar de sus rasgos oriéntales y desde el primer momento adivinó René que se encontraba en presencia de la mujer cuya pista había perdido su amigo Berange.

Aparentó contemplar las mercancías que exhibía uno de los bazares, pero su mirada repartíase alternativamente entre el hombre que estaba vigilando y la mujer que tan de improviso acababa de surgir ante él.

Vióla pasar a muy poca distancia, sin mirarle siquiera. Luego, apenas se hubo alejado unos pasos, advirtió como el annamita la miraba igualmente y disponíase a continuar su camino.

La perplejidad apoderóse en el acto de lleno de Martigny. Pierre le había confiado la vigilancia del hombre de la sortija del rubí;

pero no ignoraba que el objetivo primordial de su amigo era la encantadora mujer de exóticas facciones. Y fue por ello que no titubeó en cambiar la dirección de sus pasos.

Tras dirigir una última mirada al misterioso annamita, tomó la dirección opuesta a la que hasta entonces llevaba. Vio cómo la muchacha volvíase repelidas veces y miraba atentamente antes de adentrarse en una nueva calle. Evidentemente, sus preocupaciones obedecían al temor de tropezarse con alguien, y ese alguien, para René, no cabía duda que se trataba del agente del D. B.

Diez minutos duró aquella marcha a través de la parte ocupada por la población indígena. Al final, la muchacha se detuvo a la puerta de una especie de café. Miró a derecha e izquierda y luego entró en el local.

Sin titubear, René hizo lo propio. En el local había poca gente y enseguida descubrió a la joven, que habíase refugiado en un rincón. Acercándose a ella, sentóse a su lado.

—¡Buenos días, Denise! —saludóla como si experimentara una agradable sorpresa—. Francamente, la suponía en estos momentos paseando por los boulevares de nuestra encantadora capital, a muchos miles de kilómetros de aquí.

La vio sobresaltarse por un momento; pero inmediatamente recobró el dominio de sí misma.

—¿Qué se propone usted? —preguntó, recelosa—. No le he visto en mi vida; y si lo que pretende es pasar el tiempo, puede dedicarlo a otras ocupaciones.

—¿Está segura de no recordarme?

—En absoluto —insistió segura.

—Pero usted es Denise Delbatt, y tengo la certeza de que estará pensando de qué medios me he valido para averiguarlo. ¿No es así?

—Puede pensar lo que tenga por conveniente.

—Mi amigo Pierre Berange es quién pensará por los dos.

Miróla de reojo y la vio estremecerse. De sus facciones había desaparecido todo vestigio de color.

—¿Quién es… usted? —consiguió, al fin, articular.

—¡Oh, es cierto! —sonrió, como disculpándose—. Mi nombre es René de Martigny y en unión de mi amigo Berange, voy a intentar… obtener algún dinero en esta tierra. Puedo ser tan buen comerciante como es él.

—Dígame qué se propone —preguntó Denise, recobrando ya su valor.

—Se lo diré, ya que así lo desea. La llevaré a presencia de Pierre, que es quien tiene algunas preguntas que hacerle.

—Pierre Berange no es un comerciante, sino un policía. Posiblemente, lo mismo es usted, con la diferencia de que no tiene necesidad de mentir como estuvo haciendo conmigo.

—Supongamos que acierta. ¿Adivina los motivos por los cuales la andarnos buscando?

Denise tardó unos segundos en responded Miró a través de la ventana, y echóse a reír, con cierta sorna.

—Creen que he matado a un hombre; pero eso no os cierto. ¿Qué interés tendría en matar a un hombre que ningún daño me hizo?

—Lo había, desde el momento que él llevaba algo que para ciertas personas era singularmente valioso.

Vio a la muchacha sobresaltarse y su rostro cubrirse de intensa palidez.

—Nada sé de lo que me está hablando.

—¿Cómo explica pues, el encontrarse aquella noche en el expreso de Marsella y abandonarlo precipitadamente para regresar a este país?

Denise no contestó. Indudablemente, la desconcertaba el hecho de que Pierre jamás le hiciera mención de aquel trágico suceso, en tanto que un desconocido que la aborda en un café de Hanoi no vacilara en exponerle los hechos con cruel y brusca claridad.

—¿Piensa entregarme a las autoridades? —pregunté al fin, sin demostrar el más leve temor.

—No; no he venido a eso. Sólo me interesa que venga conmigo al hotel «Metropol». Allí aguarda Hierre. Es él quien debe hacerle unas cuantas preguntas.

—Está bien —accedió, poniéndose en pie—. De todos modos ya me ha dicho lo que él piensa de mí. Sin embargo, quiero asegurarle que yo no maté al hombre que viajaba en el expreso de Marsella.

—Es de suponer que no —sonrió llenó, con galantería—. Me resisto a creer que una linda criatura como usted pueda abrigar intenciones tan siniestras. Aunque me lo aseguraran, estaría dispuesto a jurar que unas manos como éstas eran incapaces de

quitar la vida a un semejante. Sin embargo…

—¿Qué es lo que iba a decir? —animóle ella, al advertir que se interrumpía.

—Que fue su cómplice quién se deshizo de aquel hombre.

—No he tenido cómplices. No me hacen falta para…

—Prosiga —sonrió René—. Creo que iba a decir algo muy interesante.

Ella encogióse de hombros y guardó silencio.

—Yo terminaré por usted, iba a decir que era capaz de apoderarse sola de lo que aquel diplomático llevaba en su equipaje. Algo más importante que su vida.

—¡Yo no tengo ningún cómplice ni he intervenido para nada en el asesinato de aquel viajero!

—¿Dónde ha ocultado lo que se llevó del departamento de Jean Douatz?

Denise encerróse en un impenetrable mutismo.

—Está bien —dijo René, cogiéndola de un brazo y llevándola hacia la salida—. Hubiera preferido no mezclar a la policía en esto; pero no voy a tener más remedio que hacerlo.

—¿Va a entregarme a la policía? —preguntóle, asustada.

—La llevaré a Pierre Berange. Él ya se encargará de usted.

—¿Y si le entrego lo que tanto le interesa, dejará que me vaya?

—¿Me cree, acaso, un tonto?

—Déjeme demostrarle que hablo de buena fe. Luego haga lo que más le convenga.

René se contuvo. Imaginó en un instante el éxito personal que para él y su periódico supondría recobrar los documentos robados. Vióse ya elevado a la categoría de héroe y felicitado por sus jefes y compañeros. Era demasiado para poder resistir la tentación. Y no lo intentó siquiera.

—Está bien —accedió—. Pero procure no gastarme ninguna nueva treta. No lo iba a pasar muy bien.

Salieron del café, y por espacio de varios minutos ella le guió a través de un laberinto de calles tortuosas y llenas de chiquillos semidesnudos.

Al fin llegaron junio al río. Denise señaló una de las casas que se alzaba a la orilla y sacó una llave de su bolso.

—Ya hemos llegado —dijo simplemente.

René se hizo a un lado y aguardó a que ella abriera. Luego, al ver que le hacía un gesto invitándole a entrar, declinó moviendo la cabeza.

—Entre usted primero —dijo—. Y no intente jugarme una mala pasada. Le advierto que no me pillaría desprevenido.

Y para mejor reforzar sus palabras sacó de su bolsillo una pistola, que mostró a la joven.

Denise limitóse a mirarla, inexpresiva, y entró en la vivienda.

Estaba arreglada con modestia, pero sin carecer de buen gusto. Consistía en una pequeña pieza con una puerta al fondo. Indudablemente, había por allí una escalera ya que la casa constaba, además, de un piso.

—Pueda entrar… si no le da miedo —sonrió Denise, mientras apartaba la cortina que ocultaba la puertecilla.

Precedido por la joven, entró el periodista en aquella segunda estancia. No había en ella silla alguna; sólo una mesita y un pequeño armario adosado al muro. Hacia él encaminóse Denise y sacó una cajita que colocó sobre la mesa.

—Aquí está lo que fui a buscar al departamento del expreso de Marsella —dijo, abriendo la tapa y apartándose para permitir a René ver su contenido.

Acercóse el periodista. Ante él tenía un estuche forrado en seda color negro. Sobre ella, destacaba con maravillosos reflejos una bellísima esmeralda engarzada en una especie de araña plateada.

Con una mueca de sorpresa levantó René la mirada hacia la joven, y en sus ojos leyó una sonrisa de triunfo, que le advirtió de que algo anormal sucedía.

No llegó a saber lo que era, porque, causándole el mismo efecto que si la casa se desplomara sobre él, un duro instrumento fue a golpear su cabeza, privándole en el acto del conocimiento.

Al llegar a las afueras de la ciudad, Pierre Berange tenía la impresión de que habían estado dando un largo rodeo, aunque no podía precisarlo debido a su total desconocimiento de la topografía del terreno que estaba pisando.

El chiquillo que lo guiaba seguía marchando unos metros delante de él; completamente desajenado de su presencia. Sólo en dos ocasiones se volvió para ver si aún seguíale aquel blanco a quien debía conducir a la plantación de Huang.

Marchaban por un sendero paralelo al río. Con frecuencia veíanse obligados a cruzar pequeños canales de riego, sobre los que se habían tendido rústicos puentes confeccionados con maderos y cañas de bambú.

No tardaron en desaparecer las huertas, substituidas por bosques de tupida vegetación. Pierre alcanzó al pequeño y cogióle del brazo.

—¿Dónde está la casa de Huang? —preguntó, desconfiado.

El annamita miróle con sus ojos de almendra y señaló hacia la selva.

—Casa Huang no lejos —dijo defectuosamente, aunque en forma inteligible para Pierre.

Berange comprendió. La casa del rico terrateniente estaba al otro lado del bosque, donde una gran llanura extendíase hasta las montañas cercanas. Esperaba que una hábil conversación con el hombre que adquirió la cadena de la que formaba parte el Buda que se bailara en la mano crispada de Douatz, desvelara el misterio que envolvía la personalidad de su asesino.

Ahora caminaban por un sendero cubierto de césped que amortiguaba sus pasos. A derecha e izquierda, una lujuriosa vegetación impedía ver más allá de media docena de pasos. La selva envolvíalos por doquier.

No habían caminado un centenar de metros cuando el pequeño guía se detuvo en un cruce de caminos. Quedóse mirando a un lado y otro, con evidentes muestras de perplejidad.

Pierre acercósele y miró los dos brazos de la bifurcación.

—¿Ya no te acuerdas del camino que va a la casa de Huang? —preguntóle.

Entonces sucedió algo inesperado. El pequeño arrojóse al suelo, hacia unos matorrales, como si algo le asustara. Sorprendido por la maniobra. Pierre Berange volvióse buscando la causa que atemorizara al muchacho, pero, en el mismo instante, una sombra cayendo de lo alto le hizo perder el equilibrio. Al propio tiempo media docena de hombres brotaron de la espesura arrojándose sobre él.

A pesar de la sorpresa, Pierre consiguió desembarazarse de su agresor mediante una fuerte patada, que hizo al otro lanzar un grito de rabia y dolor; pero antes de que pudiera levantarse arrojaron sobre él un lienzo de lona, que envolvióle la cabeza y los brazos.

Reuniendo todas sus energías intentó defenderse de sus agresores. Eran como diablos, menudos y dotados de una asombrosa agilidad. Agarrábanse a sus piernas y brazos impidiéndole todo movimiento. Mientras, la envoltura iba apretándose cada vez más a sus hombros y a la cabeza, Las cuerdas ceñíanlo por todas partes, y llegó un momento en que comprendió la inutilidad de su resistencia.

Asfixiábase dentro de aquella lona, y sus pulmones parecían ir a estallar. Oía voces confusas a su alrededor, como si estuvieran discutiendo algo relacionado con su suerte. Luego sintió como lo levantaban en vilo y llevábanlo a través de la selva.

No duró mucho tiempo aquella caminata. Hubo una corta detención, y al poco rato sintió como lo depositaban sobre unas tablas. Balanceóse el soporte, haciéndole comprender que se encontraba flotando sobre una embarcación amarrada a la orilla del gran río Rojo. Poco después, el balanceo hízose más perceptible, demostrándote que lo llevaban lejos de aquellos parajes.

El tiempo fue transcurriendo para Pierre con una lentitud desesperante. Había perdido la noción del mismo, aunque sabía que habían pasado varias horas desde que fue objeto de la emboscada en el bosque. En muy contadas ocasiones había escuchado las veces de sus aprehensores, y siempre en un lenguaje enteramente incomprensible.

Cuando menos esperábalo, sintió que un cuchillo rasgaba la tela que envolvía su cabeza. Inmediatamente, una bocanada de aire fresco acarició su rostro. Parpadeó varias veces seguidas, deslumbrado por la claridad que hería sus pupilas, y alzó la cabeza cuánto lo fue posible, para examinar mejor el lugar en que se encontraba.

La embarcación era un «sampang» de regulares dimensiones en el que iban cuatro individuos. Tenían todo el aspecto de ser chinos, y sus torsos estaban desnudos. Remaban pausadamente, procurando que la embarcación avanzara por el centro del río. Las orillas estaban tan próximas que el hecho no dejó de llamar la atención del muchacho. Era evidente que habían dejado la corriente del río Rojo y habíanse adentrado por uno de los canales que partían de ambas orillas.

El que acababa de librarle del lienzo volvió junto a sus

compañeros. Ninguno de ellos dignóse mirar hacia él. Remaban en silencio, con la mirada fija en la selva que se abría ante ellos.

Media hora duró el viaje por aquel laberinto de canales. Al cabo, dirigieron el «sampang» hacia la orilla, dejándole amarrado al tronco de un árbol.

Antes de sacar a su, prisionero de la lancha, cortáronle las ligaduras que inmovilizaban sus pies. Ello permitióle ponerse en pie y saltar a tierra. Los rostros inexpresivos de sus guardianes dábanle a entender, no obstante, que no cabía esperar de ellos ningún descuido que luciera posible la fuga.

Siguiendo un sendero que partía de la misma orilla, no tardaron en llegar a un claro en el cual se alzaba una extraña construcción. Una media docena de indígenas merodeaban por allí, al parecer dedicados a labores agrícolas. Al verlo llegar miráronle sin demasiado interés, volviendo pronto a sus ocupaciones.

En la misma puerta de la casa se detuvo la comitiva. Uno de los chinos entró, tardando unos minutos en reaparecer. Dio la orden de seguir; y llevaron a Pierre hasta una habitación en la que había un extraño personaje envuelto en una túnica color rojo. Dirigió una inquisidora mirada al prisionero y comenzó a hablar rápidamente con uno de los aprehensores.

Cuando hubo terminado, dio una orden y dos de los indígenas procedieron a registrar a Berange. Pronto el pequeño Buda de oro fue a parar a las manos del misterioso ocupante de la casa. Lo estuvo contemplando por algún tiempo, terminando por guardarlo entre los pliegues de su túnica.

—¿Qué venías a buscar aquí? —preguntó, de pronto, en un correcto francés.

—¡Ah! —sonrió Pierre—. Menos mal que encuentro alguien con quien entenderme. ¿Qué es esto? —preguntó, poniéndose serio—: ¿Un territorio amigo de Francia o una tribu de forajidos que asaltan a ciudadanos pacíficos?

En los labios del annamita apareció una sonrisa repleta de ironía.

—Ni lo uno ni lo otro —respondió, moviendo pausadamente la cabeza—. Las fértiles tierras que baña el
Song-Khoi
llevan largo tiempo sufriendo la opresión y el vasallaje. Nuestros

hermanos y nuestros hijos sólo vislumbran un sombrío horizonte repleto de penalidades y miserias. ¿Es ésta la clase de amistad y protección que nos brindan los hombres de Occidente? ¿Qué provecho obtiene el esfuerzo de nuestros brazos y el sudor de nuestros rostros? ¿Acaso un pueblo ha de vivir eternamente, sumido en la desesperación y gimiendo la más horrible de las esclavitudes?

Guardó silencio y quedóse inmóvil, con la mirada fija en su prisionero.

Pierre Berange desvió la mirada, para fijarla en los inmóviles, guardianes que flanqueaban la puerta de acceso a la habitación.

—Yo no he venido aquí para discutir una cuestión que no me incumbe —dijo luego—. Una mujer de vuestra raza cometió un asesinato en mi país, y mi Gobierno me ha encargado de seguirla y hacer que se cumpla en ella todo el rigor de la ley. Sólo por eso vine al Tonkin. Y, como respuesta, vuestros hombres me han tendido una emboscada y tratado de un modo brutal. ¿Existe una justificación a tan desleal proceder?

—Los hombres blancos son los enemigos mortales de nuestra raza. Es por ello que los annamitas, los thais, los mois, lo khas, y, finalmente nuestros hermanos del
Yun-Nan
y del Gran Imperio, tienen entablada una lucha a muerte con el invasor blanco, y esta lucha no terminará hasta que el último de los opresores haya abandonado nuestro suelo.

—Repito que tal cuestión no me afecta particularmente —insistió Pierre, comenzando a sentirse irritado ante la tenaz obstinación del annamita—. Mi presencia en el Tonkin no tiene otro interés que descubrir a un asesino.

—Ese que tú llamas asesino, no es más que un valiente patriota que trata de hacer fracasar una maniobra proyectada por unas tribus traidoras.

—Veo que estás bien enterado.

—Cierto —asintió aquel hombre, mostrándose agresivo—.
Bhai-Kuhn
salió tras el hombre que disponíase a consumar la traición. Llevaba el encargo de impedirle llegar a su destino, y tengo la seguridad de que lo habrá conseguido.

—¿Entonces,

Bhai-Kuhn
es el nombre de esa mujer? —preguntó, refiriéndose a Denise.

—Bhai-Kuhn no es una mujer. Sólo un hombre como él no podía fracasar.

Berange guardó silencio. Reflexionaba acerca del papel desempeñado por Denise y no conseguía verlo todo lo claro que esperaba. Por el contrario, su cómplice adquiría, en virtud de las palabras del annamita, una importancia mucho mayor de la que siempre le asignara.

Vio cómo el extraño dueño de aquel recinto poníase en pie y acercábasele lentamente. Al estar a un solo paso de él, se detuvo.

—¿Qué le ha sucedido a
Bhai-Kuhn?
—preguntó amenazador.

Pierre encogióse de hombros, con desdén.

—No me he preocupado de él en todo el viaje. De haberlo sabido no le hubiera dejado llegar aquí.

—¿Y esto?

En la palma del annamita brillaba la figurilla de oro que le habían arrebatado.

—¿Perteneció a
Bhai-Kuhn?
—preguntó tranquilamente.

El otro asintió.

—Cuando él llegue aquí podrá explicarse mucho mejor de lo que yo lo haría.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé. La última vez que lo vi acababa de desembarcar del vaporcillo que sube desde Haiphong.

—¿Esta mañana?

—Esta mañana.

—¿Y cómo no lo detuviste?

—Ignoraba que era él el autor del asesinato. De haberlo sabido…

—¿Y la mujer?

Berange se encogió de hombros, decepcionado.

—Ya no sé qué pensar. Cada vez lo entiendo menos.

—¿A qué fuiste al taller de Bhoc?

—No sé quién es Bhoc. ¿Tal vez el dueño de la joyería?

—Sí; ése es Bhoc.

—Pasé por allí delante por pura casualidad. Me llamó la atención una cadena con una figurilla igual a la que yo llevaba encima. Entonces decidí entrar.

Vio cómo su interlocutor asentía a cada una de sus palabras con muestras de aprobación.

—Eres sincero, y es una cualidad que Huang sabe apreciar en lo que vale; pero ya no está en mi modificar tu suerte. Debes morir, de todas la maneras. Lo mismo si
Bhai-Kuhn
regresa airoso de su misión como si ya no vuelve a pisar las tierras del Gran Valle por haberle quitado la vida los hombres que tenéis apostados. Claro está…

Se interrumpió, quedando en actitud de reflexionar.

—¿Significa eso una probabilidad?

—Creo que podría ofrecértela.

—¿Cuál?

—Podrías sernos útil si te prestaras a entrar al servicio de Viet Minh. Sería una ayuda que podríamos pagar a buen precio.

Berange esbozó una extraña sonrisa.

—¿Tengo aspecto de traidor?

—¿Para qué emplear esa palabra? —sonrió Huang—. El Viet Nam está lleno de ellos. ¿Por qué no los había de haber entre los blancos?

—Los hay; lo reconozco. Pero para ello tendría que volver a nacer.

—Entonces… ¿Prefieres morir?

Berange no contestó. Limitóse a mirar al annamita con fría decisión. Éste desvió la mirada hacia los dos guardianes, a los que hizo una seña.

Inmediatamente, acercáronse al agente y se lo llevaren fuera del cuarto.

CAPÍTULO V

El lugar a donde fue conducido, por sus guardianes era una especie de plazoleta rodeada de altos muros. Hacia la derecha veíase un profundo foso de unos quince metros de diámetro.

Por un momento creyó Berange que lo iban a arrojar allí pero pronto advirtió como lo llevaban hasta una de las paredes, donde se veían cierto número de argollas. A ellas fue sujeto por sus manos y pies. Seguidamente, sus aprehensores se alejaron, dejándolo solo. El día comenzaba ya a declinar y un profundo silencio rodeaba aquellos parajes. De vez en cuando llegaban hasta el muchacho ruidos distantes, de la parte del río. Al fin apareció, uno de los indígenas. Llevaba sobre sus espaldas un pesado fardo y apresuróse a cruzar la plazoleta saliendo por una puerta del fondo. Diez minutos más tarde, la misma operación fue realizada por un hombre alto y que llevaba el torso desnudo. Limitóse a mirarlo, como si le extrañara su presencia, pero no se detuvo y siguió el mismo camino que el anterior.

La tercera persona que vio Berange en aquella hora del crepúsculo fue una mujer. Mejor que una mujer podía llamársela una niña. Posiblemente no contaría más allá de, dieciséis años; su cuerpo era menudo y delicado. Caminaba despacio, bajo el peso de una enorme vasija de barro cocido.

Era indudable que ignoraba la presencia de Berange, ya que no lo descubrió hasta estar a muy poca distancia de él. Detúvose, intrigada, y miró a todas partes por si alguien la estaba observando. Luego avanzó unos pasos hasta quedar cerca de él.

Pierre la miró con curiosidad, terminando por sonreír ante su asombro infantil.

—No temas —le dijo—. Ya ves que no puedo hacerte daño.

La pequeña siguió mirándolo de cabeza a los pies, terminando por emitir un extraño sonido. Seguidamente, sin levantar demasiado

la voz, habló unas palabras del todo incomprensibles para Pierre.

—No entiendo lo que me dices, pequeña. ¿No sabes hablar francés?

—¿Francés? —repitió abriendo sus ojos muy negros y brillantes. Y luego, con un gesto de asentimiento, sonrióle—: Sí, un poco.

—Pues debes tener cuidado no te vean hablando conmigo. Podrían castigarte.

—¿Hombre malo? —preguntó, señalándole con su índice.

—¿Tú crees que lo soy?

Había dejado la cántara en el suelo y aproximóse aún más.

—No —denegó con energía—. Mi padre estar donde tú estás, y él no ser malo.

—¿También lo ataron aquí?

—Sí.

—¿Dónde está ahora tu padre?

En los ojos infantiles brilló un relámpago de odio. Luego, murmuró tristemente.

—Allí.

Y señaló el foso, cuyo fondo no podía ver Pierre desde donde se encontraba.

—¿Qué hace allí tu padre?

—Él no estar ya. Comido por los demonios.

—¿Lo comieron los demonios? —repitió extrañado—. ¿Qué demonios son ésos?

El terror reflejábase en el rostro de la chiquilla.

—Ahora estar quietos. Cuando venir la noche, tú oír los demonios gritar. ¿Huang dar de comer a demonios con ti?

Y señalóle de nuevo con el dedo extendido.

—No sé… Tal vez sea eso lo que pretende.

—Huang demonio peor que ésos —exclamó, con un gesto de terror—. Mi padre ser un gran jefe y Huang hacerlo prisionero.

—¿Y tú qué haces aquí?

—Trabajar para Huang.

Súbitamente, la muchacha tomó de nuevo la vasija y echó a correr hacia la puerta del fondo. Pierre miró en todas direcciones por si alguien la había visto, pero no consiguió descubrir a persona alguna.

Era ya de noche cuando los dos guardianes fueron en su busca.

Llevándolo sujeto de los brazos, condujéronle nuevamente a presencia de Huang.

No estaba solo. Un nuevo personaje había a su lado. Al entrar al prisionero, ambos volviéronse para mirarlo. Entonces fue cuando Pierre lo reconoció.

Tratábase del hombre de la sortija de rubí. El misterioso personaje que en varias ocasiones trató de librarse de la presencia de Denise en el barco, acababa de llegar a la mansión oculta de Huang.

Pierre fijó los ojos en aquel hombre. Ahora que sabía que hallábase en presencia del asesino del expreso de Marsella y del hombre que se había apoderado de los comprometedores documentos, experimentó una intensa curiosidad. Incluso esperó por unos momentos ver aparecer por una de aquellas puertas a la mujer que habíale ayudado en tan criminal misión.

Huang y el annamita lo contemplaron largo rato en silencio. Luego iniciaron un diálogo en baja voz, precaución innecesaria ya que se hallaba por completo a su merced y además, no comprendía una sola palabra del idioma empleado.

Pierre Berange se acordó entonces de su amigo René Martigny. Si había dejado a René encargado de seguir los pasos del annamita era lógico suponer que no podía estar lejos de allí. Aunque, de todas formas, el periodista ignoraría que entre aquellos muros encontrábase prisionero de aquéllos a quienes buscaba.

Huang y el llamado
Bhai-Kuhn
habían terminado su conciliábulo. Este último habíase vuelto hacia Pierre y lo contemplaba sonriendo con evidente complacencia. Ahora comprendía Berange que sólo un hombre como él, y no Denise, había podido cometer el crimen del expreso.

—Posiblemente no esperaba volver a encontrarse conmigo, señor Berange —háblale, con acento melifluo y en un francés correcto.

—Tenía ese presentimiento —replicó con desdén.

—Pero es muy natural que lo imaginara en forma completamente distinta a como ha sucedido. El Destino nos hace a veces objeto de burlas ciertamente desagradables. Por mi parte, debo reconocer que no creí encontrarlo de nuevo en mi camino.

—De haber sabido que era usted el asesino de Douatz, tenga por seguro que los dos nos encontraríamos ahora bastante lejos de este sitio.

—Lo que demuestra que no es usted un agente suficiente hábil y perspicaz para confiársele una misión de tal índole. Y créame, que lo siento. Me gusta medirme con contrincantes de cierta envergadura. Lo único que le concedo en su haber es la forma en que consiguió desorientarme durante la travesía.

—Lástima no haberlo descubierto antes. Le aseguro que no lo hubiera pasado muy bien.

—Posiblemente lo habría conseguido, de no haberse obcecado la chica del pasaje de tercera. Si no fuera porque estos errores se pagan caros, tengo la seguridad de que en adelante procedería con más cautela.

En aquel momento un nuevo personaje entró en el cuarto. Tratábase de un chico alto y robusto. Habló unas palabras con Huang; luego, éste lo hizo con Bhai Kuhn. Seguidamente, el amarillo volvió a salir.

—Se ha metido en un mal paso, Berange —continuó hablando el annamita—. En la partida entablada desde Marsella le ha tocado perder. Nuestra propia seguridad exige que no vuelva a verse libre, y para ello mi buen amigo Huang ya ha tomado sus precauciones.

—No crea que va a asustarme.

—Ni lo pretendo. Sé que ustedes no temen a la muerte. Ello me evitará una escena desagradable cuando llegue su hora.

—Y no por ello escapará a la que se le ha señalado.

Bhai Kuhn echóse a reír.

—Habla como si estuvieran cambiados los papeles.

—Estoy acostumbrado a ver la muerte muy de cerca.

—Pero no como la que le reserva el incomparable Huang. Creo que toda esa entereza de que hace alarde se desvanecerá cual voluta de humo.

Bhai Kuhn volvióse hacia Huang, pero en seguida rectificó su ademán.

—Para su tranquilidad. Berange —le dijo, mostrándole un sobre que había sacado de entre les pliegues de sus vestiduras—, le diré que lo que con tanto afán estuvo buscando está ya en lugar seguro. Esta misma noche llegará Tsai Linh; el mensajero que debe llevar

estos documentos al Gran Consejo del Viet Minh. Tsai partirá al amanecer, y hasta su regreso, dando cuenta del éxito de su misión, Huang le concederá la gracia de prolongar su vida. Sólo nuestros jefes decidirán el momento de su muerte.

Bhai Kuhn volvióle la espalda, y Huang dio orden para que sacaran de allí a su prisionero.

Al atarle nuevamente a las argollas, advirtió Pierre que era ya de noche. Dejáronle sus guardianes, la soledad envolvióle con su cortejo de pensamientos.

No tardó en salir la luna iluminando con su blanquecina luz el anfiteatro convertido en prisión. Lejos, en algún rincón de la selva, aulló un chacal, y por encima de Pierre pasó volando un pajarraco emitiendo estridentes y frenéticos graznidos.

De pronto, un concierto de extraños ruidos surgió del foso que había a su derecha, Era algo parecido al chapotear de numerosos cuerpos en una ciénaga, acompañado de apagados gemidos que tenían un lúgubre acento de seres de ultratumba.

Sin poderlo evitar, experimentó Pierre un ligero escalofrío. Jamás había temido el peligro, cuando podía hacerle frente, pero aquel coro de horribles lamentos brotando de las negruras del foso era capaz de crispar los nervios aun a quien careciera de ellos.

A los minutos, transcurriendo con lentitud agobiante, sucedieron las horas, cargadas de cruel inquietud. Sólo algunos ruidos sobresalían a veces del infernal concierto del foso. Una vez era el galopar de un caballo, otra el apagado y grave tañido de un gong. Las más, una indescifrable impresión partiendo del otro lado de los muros.

Luego el silencio fue enseñoreándose, y sólo las manifestaciones de la vida animal en la cercana selva poblaron el ambiente de mil distintos sonidos, a cual más escalofriante.

Pierre Berange llegó a perder la noción del tiempo transcurrido. En aquella posición, con las muñecas y los pies sujetos fuertemente a las argollas del muro, una suave inconsciencia fue apoderándose de su ser. Incluso por algunos minutos llegó a dormirse, aunque tenía la seguridad de que habían sido por muy pocos.

Había abierto los ojos, sin percatarse de que una sombra habíase deslizado hasta él. Descubrióla cuando la tenía a su lado, y la voz dulce y tímida revelóle bien pronto de quién se trataba.

—Tú no hacer ruido, tú no gritar —murmuró la pequeña que lo hablara aquella misma tarde—. Huang vigilar mucho.

—¿Eres tú? —murmuró, sorprendido—. ¿A qué has venido?

La chiquilla llevóse un dedo a los labios para imponerle silencio. Entonces pudo Berange ver como en su mano brillaba la hoja de un cuchillo. Tanteó con él las ligaduras y, una tras otra, fue cortándolas.

—¿Sabes a lo que te expones, criatura? —Hablóle maravillado ante aquel rasgo de abnegación.

—Tannhi no venir antes porque esperar que luna llenar de sombra esta parte. Ahora Huang no poder ver a ninguno.

Pierre tomó el cuchillo de sus manos y cogió una de ellas, apretándola con cariño.

—¿Conoces bien la salida?

La pequeña Tannhi señaló hacia el fondo.

—Huang tener allí un guardián. No haber otra salida.

—Yo me encargaré de él —afirmó, con decisión—. Has sido muy valiente, Tannhi, y yo jamás olvidaré lo que has hecho por mí. Ahora debes regresar antes de que se aperciban que has venido.

En los ojos de Tannhi apareció un destello de terror.

—Tannhi no volver allá. Huang arrojar a Tannhi al foso de los demonios. Tú llevar a Tannhi al Sur, a la gran aldea de hombres blancos.

—Va a ser muy peligroso para los dos.

La pequeña cogióse del brazo de Pierre, en actitud de súplica.

—Tú no querer que Tannhi ser comida de demonios.

—¡Oh, no! ¡Claro que no! —exclamó, acariciándola, conmovido por su invencible temor—. Yo te llevaré conmigo.

Precedido de la pequeña, deslizóse Pierre pegado al muro en sombras, iban acercándose al foso, que en aquellos momentos quedaba iluminado por el resplandor del astro de la noche.

—¿No está la salida por ahí? —preguntó Pierre a Tannhi, señalando la puerta del fondo.

—Sí —contestó—, pero allí sorprender Huang nuestra huida.

Berange no replico y dejóse guiar. El foso estaba ya a sus pies y el camino que seguían pasaba por sus bordes. Sólo un trecho de unos dos palmos ofrecíales un pasadizo para alcanzar el extremo opuesto. Un paso en falso significaba una caída de unos diez

metros. Y en el fondo…

En el fondo distinguió Pierre un lecho fangoso, al que la luz de la luna arrancaba pálidos destellos. Unas sombras obscuras movíanse inquietas, y, al fijarse en ellas, advirtió el muchacho que la ciénaga estaba infestada de terribles cocodrilos.

Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo al pensar en la suerte que el malvado Huang le tenía reservada. Terminó de cruzar el angosto pasadizo y juntóse a Tannhi, que le aguardaba al otro lado.

—Por esta parte el muro estar roto —le dijo—. Yo bajar por él otras veces.

En efecto, una grieta, que permitía el paso a una persona, veíase tan pronto hubieron atravesado un macizo de arbustos. Una vez allí, debían descolgarse por un escarpado rocoso de unos ocho metros de altura. Tannhi lo hizo primero y Pierre la siguió.

Ya fuera de aquella fortaleza, un anchó riachuelo les cortó el paso. El agua llegábales por encima de la rodilla y no tuvieron la menor dificultad en alcanzar la orilla opuesta, pero no bien lo hicieron cuando una sombra surgió a poca distancia. Indudablemente se trataba de uno de los guardianes, que habiendo oído algún ruido sospechoso acudía para investigar la causa.

—No mover de aquí —susurró Tannhi a su oído.

Y se deslizó silenciosamente por entre los matorrales.

Pierre miró hacia el centinela y lo vio acercarse cautelosamente.

Su diestra empuñaba una especie de lanza cuya punta iba dirigida hacia la maleza de la orilla.

De pronto, unas ramas se agitaron enfrente mismo de donde Pierre hallábase oculto. En el acto comprendió la maniobra de la pequeña Tannhi.

El guardián había sorprendido el ruido y se acercaba blandiendo el arma. Detúvose a un metro escaso del escondite de Pierre, dándole la espalda.

Berange consideró llegado el momento de actuar. Con sorprendente agilidad salió disparado hacia el indígena que, desprevenido por aquel ataque por sorpresa, no tuvo siquiera tiempo de volverse. Los dedos del francés cerráronse como férrea tenaza alrededor de su cuello, impidiéndole lanzar el menor grito de alarma.

La lucha fue de corta duración. Berange sabía lo que se jugaba en ella y no vaciló en terminar con la resistencia del centinela.

Tannhi, que había salido de entre los arbustos, fue hacia él.

—Nosotros marchar pronto de aquí. Tal vez Huang oír ruido de lucha y venir a ver qué ocurre.

Alejáronse en dirección del bosque. La selva envolvíales con su lujuriosa vegetación, dificultarlo poderosamente su avance. Por encima de sus cabezas, una suave claridad iba difundiéndose en el ambiente.

Estaba amaneciendo y, tal como le anunciara Bhai Kuhn, pronto saldría de la casa Tsai Linh, el mensajero chino que iba a llevar los documentos al Gran Consejo de jefes del Viet Minh.

Pierre sabía que aquélla era su última oportunidad y estaba dispuesto a aprovecharla, aunque representara caer de nuevo en manos del malvado Huang.

—Yo debo aguardar aquí —le dijo a Tannhi, que habíase detenido, intrigada por aquella detención—. Tú puedes seguir hacia el río. Allí no te será difícil encontrar a alguien que te lleve al Sur.

Ella lo miró con sus ojos llenos de dulzura, como si no entendiera lo que él le estaba diciendo.

—¿No me has comprendido, Tannhi? —insistió Sierre—. Debes saber que yo vine aquí para cumplir una orden, y no puedo regresar sin antes intentar cuanto esté en mí para llevarla a cabo.

—Yo comprender bien —afirmó la pequeña indígena—. Yo quedar contigo y ser tu esclava.

Pierre movió la cabeza con impaciencia.

—Soy yo quien debe estarte muy agradecido y no tú. Me has salvado la vida y pienso recompensarte como mereces, pero ahora debes dejarme solo. Pronto saldrá de la casa un mensajero llamado Tsai Linh. Lleva unos papeles y debo quitárselos. Lucharé con él, y pudiera ser que Tsai me matara. ¿Qué sería entonces de ti?

—¿Tú conocer a Tsai Linh?

—No, pero vigilaré la salida hasta…

—Yo conocer a Tsai Linh —afirmó, segura—. Si tú luchar con él, yo poder ayudar.

Pierre dejó caer los brazos con desaliento.

—Está visto que aquí vales tú más que yo.

Tannhi cogió la mano de Pierre y tiró de él con fuerza.

—Los dos ir al camino que seguir Tsai. Allí esperar su paso.

Era indudable que aquella chiquilla podía darle en la selva provechosas lecciones de estrategia, y Berange no titubeó en seguirla.

No tardaron en llegar a un altozano de muy escasa elevación. Por su base abríase una senda que, sin duda alguna, procedía de la casa da Huang.

Tannhi hízolo subir hasta allí y señaló hacia el Este.

En un claro del bosque elevábase la siniestra mole de la construcción de la que, minutos antes, consiguieran huir. La brisa que soplaba de la parte del río arrastraba una capa de neblina azulada, que iba diluyéndose rápidamente en el amanecer.

—¿Tú ser capaz de detener a Tsai? —preguntóle Tannhi, quien todavía conservaba sujeta da mano de Pierre—. Tsai montar a caballo y tú no poder detener su carrera sólo con tu brazo.

—Es cierto —reconoció—. No tengo armas.

—Yo detener a Tsai —exclamó, sonriendo con un ademán de triunfo.

Echó a correr hacia el pie de la colina, por donde pasaba la senda. Eligió entre las lianas que allí formaban una verdadera maraña, una especie resistente y flexible. Valiéndose del cuchillo que le diera, Berange cortó unas cuantas y, trenzándolas, formaron con ellas una especie de cuerda. Uno de los extremos lo ataron en el tronco de un árbol que crecía junto al camino, en tanto que el otro lo pasaron por una gruesa rama en otro árbol situado en el lado opuesto. La cuerda así confeccionada quedó apoyándose en tierra, oculta por la capa de hojarasca que allí había, de tal modo que resultaba casi imposible descubrirla en la sombra de aquella espesura.

Regresaron a la cima del altozano y dedicáronse a observar la casa del bosque. Era indudable que no habían descubierto su fuga, ya que no advertíase ningún movimiento anormal por sus alrededores.

No llevarían diez minutos en la espera, cuando vieron que un jinete salía de la construcción y emprendía un rápido galope hacia la selva en la dirección en que se encontraban.

—¡Tsai venir hacia aquí! —exclamó Tannhi, tocando el brazo del agente.

Sin perder un instante, bajaron hasta el sendero. Ocultáronse entre la maleza, y cogiendo fuertemente el extremo de la cuerda de lianas que quedara libre, aguardaron anhelantes a que apareciera el mensajero de Bhai Kuhn.

No tardaron en escuchar el galope de la montura. Aproximábase rápidamente, acompañado del ruido que producían las ramas bajas a su paso.

Por el fondo borroso del sendero surgió pronto la silueta del jinete chino. Montaba un corcel negro y avanzaba confiado, prueba evidente que ignoraba aun la huida del prisionero de Huang.

Pierre asió con ambas manos el trenzado de lianas y aguardó, conteniendo incluso la respiración, a que llegara el momento oportuno. Vio al chino acercarse velozmente, y cuando iba a pasar a la altura de su escondite, tiró con fuerza de la cuerda improvisada.

El caballo no pudo sortear aquel obstáculo repentino, tropezando en él sus patas delanteras, rodó por el sendero, lanzando al jinete contra el macizo de arbustos que tenía delante.

Inmediatamente salió Pierre de su apostadero y abalanzóse sobre el aturdido oriental. Sólo breves segundos duró la lucha, y al levantarse, Berange todavía contempló como el cuerpo de su enemigo retorcíase en las postreras convulsiones de su agonía.

Limpió con un puñado de hierbas la ensangrentada hoja del cuchillo. Inmediatamente, arrodillóse junto al cadáver del chino y registró sus vestiduras.

Sujeta al cinto llevaba una bolsa de lienzo, y en ella estaban los documentos por los cuales él había salido de Francia encargado de recuperarlos.

Vio a pocos pasos la menuda figurilla de Tannhi mirándolo fascinada, sonrióle para tranquilizarla y se puso en pie.

—Vamos ya, Tannhi —le dijo—. Tal vez se den pronto cuenta de lo que ha sucedido, y si es así y nos encuentran, lo vamos a pasar muy mal. ¿Dónde está el caballo? —preguntó miranda a todas partes, sin conseguir ver la montura que utilizaba el chino.

—Caballo volver a casa de Huang —díjole la muchacha, mientras señalaba en la dirección por donde poco antes llegara.

De un salto aproximóse Pierre a ella y cogióla de una mano.

—¡Huyamos pronto hacia el río! —exclamó—. ¡Antes de muy pocos minutos tendremos a toda la jauría de chacales siguiendo

nuestros pasos!

Adentráronse en la espesura en dirección de la corriente del río Rojo. Pero no habían avanzado un centenar de metros, cuando la brisa de la mañana llevó hacia ellos un griterío infernal.

En aquellos momentos, Huang y sus secuaces acababan de descubrir su huida, así como la montura en la que poco antes partiera el mensajero chino.

Mientras corría, tanteó Pierre sus bolsillos por si le habían dejado los fósforos, pero pronto comprobó que no era así. Detúvose al borde de una charca y sacó los documentos que arrebatara a Tsai. Una ligera ojeada bastóle para cerciorarse que no faltaba ninguno. Los redujo a trozos muy pequeños y los enterró en el cieno del fondo de la charca. Era aquello lo que debía hacer en último extremo. Así habíaselo indicado claramente el inspector Ridoux.

Luego, volviendo junto a Tannhi, que se había detenido a pocos pasos y le observaba en silencio, reanudó su marcha en dirección al río.

CAPÍTULO VI

René de Martigny abrió los ojos y quedóse mirando el destartalado cuartucho de desnudas paredes. Por un momento, extrañóse de encontrarse allí y no en su habitación del hotel, pero bien pronto recordó lo sucedido con aquella extraña mujer a quien siguiera hasta la casita junto al río.

Incorporóse rápidamente, y este gesto le produjo un fuerte dolor en la cabeza. Era evidente que habíanle golpeado con un objeto duro para luego conducirlo hasta allí, sabe Dios con qué siniestros designios.

Le habían dejado sobre un montón de paja, en un rincón de la pieza. Un viejo cajón era el único mueblaje que se veía allí y la luz le llegaba por una estrecha abertura situada en el muro, a demasiada distancia para alcanzarla por su propia estatura.

Sentóse unos segundos hasta dominar el intenso vértigo que le invadía. Luego se puso en pie y fue hasta la ventana. El cajón le ayudaría a conocer el lugar a donde habíanle llevado, por lo que subióse a él y, empinándose sobre la punta de sus pies, atisbó por aquel orificio.

Bien pronto una desoladora impresión apoderóse de su ánimo. Desde aquel observatorio, podía ver la corriente del río y la selva asomándose a la orilla opuesta. Ni una sola construcción alteraba la línea esmeralda de tierra.

El ruido que hacía la puerta al abrirse, le sacó de sus reflexiones. La mujer a quien siguiera estaba nuevamente ante él, pero no venía sola. Acompañábanla dos individuos, uno de ellos extravagantemente ataviado con una túnica de chillones colerines. En la cabeza llevaba un extraño gorro puntiagudo adornado con lentejuelas de metal.

—¿Se encuentra ya mejor del «accidente» que sufrió? —preguntóle Denise, con una sonrisa no exenta de malicia.

—Sí, ya estoy mejor —respondió, mientras descendía de su atalaya—. ¿Es sólo para eso a lo que ha venido?

—Ciertamente que no —repuso ella, avanzando lentamente—. Usted es un personaje importante en la colonia francesa y es de suponer que antes de muy poco andén buscándolo por todos los rincones. Además, su amigo Pierre Berange estará a estas horas preocupado por su suerte.

—¿Voy a creer que ha decidido dejar que me vaya?

—Exactamente, no. Pero sí quiero darle a entender que se le va a trasladar a un lugar seguro, a dónde no puedan ir a buscarlo ni Berange ni sus amigos de Hanoi.

—Creo que se está molestando demasiado por un ser insignificante como soy yo —replicó, con sorna.

—No estoy de acuerdo con su modesta opinión. De lo contrario, se le habría arrojado a las aguas del río, y dentro de poco nadie volvería a acordarse de usted.

—Debo suponer que tengo que estarle agradecido.

—¿En cuánto aprecia Berange su amistad? —preguntó Denise, sin hacer caso de sus palabras.

—No la entiendo.

—Me explicaré mejor. ¿Significa para él algo por lo cual estaría dispuesto a renunciar a la persecución de que me hace objeto?

—¡Ah! Ya entiendo —rió René—. Trata de comprar mi libertad a cambio de la promesa de Pierre de dejarla en paz. ¿No es eso lo que pretende?

—Sí.

—Pues… debe saber que Pierre es un buen amigo mío y que me aprecia bastante, pero, al mismo tiempo, tiene un concepto muy elevado del deber y de la confianza que en él han puesto sus jefes.

—¿Y permitiría abandonarlo a su suerte por un ideal abocado de antemano al fracaso?

—De estar en mi mano, yo mismo le pediría que continuara buscándola sin descanso. Eso es lo que hará, y no dudo que tendrá éxito.

Denise quedósele mirando con expresión de asombro.

—No sé si admirarle o compadecerle, Martigny.

—No deseo ni lo uno ni lo otro. ¿Por qué no les dice a sus amigos lo que estamos hablando?

Denise se volvió hacia sus acompañantes.

—No es necesario. Ellos ya entienden perfectamente nuestras palabras. Por otra parte, no son amigos míos. Éste es mi tío Nulok y ése su hijo Radith.

—Ha sido una atención traer a su familia hasta aquí.

La muchacha pasó por alto la burlona expresión del periodista.

—Se ha metido en un asunto que en nada le interesa y que puede ocasionarle graves consecuencias.

—¿Se imagina el reportaje, que podré escribir para mis lectores de París? Ya tengo pensado el título: «Quince días prisionero de unos fanáticos en las selvas del Tonkin».

—No sé si juzgarle un optimista o un insensato.

—Son dos cualidades que me acompañan desde mi nacimiento.

—Pues temo que pronto va a separarse de ellas. Bien —añadió con un leve encogimiento de hombros—. He querido hacer cuanto estaba en mi mano por librarle de una suerte que no merece. Usted ha elegido.

Vio a la muchacha abandonar la habitación, dejándole en compañía de aquellos dos personajes. El que Denise había presentado como su tío, adelantóse hacía René y lo miró fijamente.

—Tiene todavía unas horas para reflexionar —le dijo, pausadamente—. Si se empeña en seguir el mismo camino, no lo va a pasar muy bien.

—Un caballero no pacta jamás con asesinos y traidores.

—Nosotros no somos asesinos ni hemos traicionado a nadie. Son los hombres blancos los que han llevado su ambición hasta el punto de profanar nuestros templos y ofender nuestros dioses.

—¿Comparte su sobrina la misma opinión? —preguntó René, con sorna, mientras con un gesto señalaba la puerta por la que poco antes saliera la muchacha.

—Mahli-Lai ha obedecido sin discutir las órdenes que se le dieron. Dentro de poco regresará a Francia para continuar sus estudios.

—La policía la seguirá a donde quiera que vaya y, tarde o temprano, terminará por caer en su poder.

Los dos indígenas se miraron, gravemente, y sin despegar los labios salieron del cuarto, cerrándolo por fuera.

De Martigny comenzó a pasear nerviosamente de un lado al otro

de su reducida prisión. No dudaba que los siniestros propósitos de aquella pandilla de desalmados terminarían por cumplirse. Lo que ignoraba era el tiempo que aún lo conservarían en su poder para intentar conseguir una transacción por su porte.

Vio cómo en un rincón habíanle dejado un poco de alimento y una botella con agua. Aquello era indicio de que todavía no pensaban deshacerse de él. Posiblemente Denise había influido para retardar tal decisión.

La botella del agua dióle una idea. Sacó del bolsillo el bloc de notas y arrancó una hoja. Luego, escribió:

> «Para entregar a Pierre Berange, en el hotel "Metropol" de Hanoi: Me encuentro en poder de Denise y sus fanáticos seguidores. Creo estar no muy lejos de la capital, en una casa situada a la orilla derecha del río. Casi enfrente de mí, hacia la otra orilla, distingo un grupo de tres islillas, dos de las cuales están cubiertas de bambús. Ignoro si me retendrán aquí o me llevarán río arriba.
>
> »René de Martigny».

Vació el contenido de la botella y luego introdujo, convenientemente enrollada, la hoja en que iba escrito el mensaje. Asimismo, metió en el recipiente un billete, para la persona que encontrase el papel y lo llevara a su destinatario.

Encaramóse de nuevo en el cajón y atisbó por la ventanilla. La orilla parecía desierta y era muy posible que nadie estuviera observándolo.

Sacó el brazo por la abertura y lanzó la botella al agua. Oyó el ruido que produjo al caer, y aguardó unos segundos por si alguien lo había descubierto, pero no observó nada anormal.

Cuando volvió a mirar, vio la botella flotando en la corriente que la llevaba hacia el Sur.

Pasó el resto de la tarde tumbado sobre la paja y pensando en el modo de librarse de sus aprehensores.

Estaba anocheciendo cuando un ruido de pasos le advirtió de que regresaban sus guardianes. Dos forzudos annamitas aparecieron en el marco de la puerta. Inmediatamente detrás, seguíanles el tío de Denise y su primo.

—¿Se me ha acabado ya la tranquilidad? —preguntó, sonriente.

Sin prestarle atención, los dos carceleros cogiéronle de cada brazo y le obligaron a salir de la celda.

Afuera, en el agua, había un «sampang». En él, y de pie, aguardaba Denise. Vestía una túnica de seda cerrada por delante con un broche de oro. Dirigióle, al verlo, una irónica mirada y se hizo a un lado para permitir a los dos hombres que metieran a René en la embarcación.

—He conseguido que le perdonen la vida —le dijo al estar a su lado—, pero vamos a llevarle al Norte, a las selvas del Alto
Song-Khoi.
Allí le abandonaremos a su suerte.

—¿Y qué diablos pretende que haga yo en el Alto
Song-Khoi?
—repuso tranquilamente.

—No me negará que se trata de una generosa concesión. Si usted supiera lo que me ha costado conseguirlo…

—¿Qué más da morir decapitado que despedazado entre las garras de un tigre?

—Usted, De Martigny, como buen escritor, no carece de ingenio. No dudo que habrá sacado a sus protagonistas de infinidad de situaciones mucho más peligrosas que la suya. ¿Por qué no lo iba a conseguir siendo usted mismo quien lo necesita?

—No recuerdo que me hablara Pierre de ese fino sentido del humor que descubro en usted. Indudablemente, le pasaría desapercibido.

La vio morderse los labios y sus mejillas colorearse de vivo rubor.

—Es cuanto he podido hacer por usted —murmuró, con voz apagada—. Mi tío, y con él los sacerdotes de Khor-Labath, estaban decididos a sacrificarle al culto de sus dioses. No crea que fue tarea fácil hacerles desistir de sus propósitos. Incluso llegué a exigirlo como una parte del precio por mi ayuda.

—Por el asesinato y robo cometidos en el expreso de Marsella —puntualizó De Martigny, con una mueca de desprecio.

—¡Yo no asesiné a nadie! —exclamó, con vehemencia—. No niego que robé a Jean Douatz, pero le juro que jamás he cometido un asesinato.

—Será difícil que Pierre piense lo mismo.

Advirtió como aquellas palabras la turbaban en extremo.

—Confío que… algún día se deshará ese error.

—¿Puede, pues, explicarme por qué ese interés de su tío y esos sacerdotes en librarse de mí? ¿Acaso se trata de una secta de fanáticos dedicada al sacrificio de blancos para aplacar la ira de sus dioses?

—No puedo decirle nada —repuso—. No olvide el esfuerzo que me ha coscado librarle de la muerte. Tal vez antes de llegar al Alto Song-Khoi
pueda hacer algo más por usted.

Volvióle la espalda y fue a sentarse bajo la toldilla del «sampang». Entonces, los dos guardianes dedicáronse a sujetar con fuertes ligaduras las piernas y los brazos del prisionero.

—¿Tenéis miedo que me eche al agua? —rió, sarcástico.

Nadie le contestó, pero era evidente que faltaba aun otra precaución, y ésta corrió a cargo del tío de Denise al colocarle una mordaza que le impidiera gritar en el caso de cruzarse con otras embarcaciones descendiendo el curso del río.

En esta forma, recostado contra la borda, vio René alejarse la orilla, al mismo tiempo que un velo de sombras abatíase sobre el río procedentes del Este.

Poco después, la noche enseñoreábase de aquellos parajes. Un silencio profundo envolvía la embarcación, sólo interrumpido por el rítmico golpear de los remos al hundirse en las amarillentas aguas del río Rojo.

Hacía un calor asfixiante cuando se detuvieron al borde del arroyo. Llevaban cerca de una hora caminando y, aun cuando hasta entonces no vieran a nadie, Pierre sabía que las huestes de Huang seguíanles implacablemente entre la maraña de la selva intrincada.

El agua fresca del manantial contribuyó grandemente a reanimarlos. Sentada al pie de un frondoso árbol, la pequeña Tannhi seguía mirándolo con sus ojos dulces y llenos de ternura.

—Tal vez no estemos lejos del río —dijo Pierre, señalando el arroyo—. Esa corriente debe ir a él y sólo nos bastará seguirla para encontrarlo.

Tannhi asintió con un movimiento de su cabeza.

—¿Estás muy fatigada, Tannhi?

Ahora denegó la pequeña.

—Entonces será mejor que sigamos andando.

Reanudaron la marcha y poco después llegaban a un pequeño claro. Iban ya a cruzarlo cuando una detonación partió de la derecha. Tannhi, que marchaba delante, dio un traspiés y cayó sobre la hierba. Rápidamente, cogióla Pierre entre sus brazos y hundióse en la espesura.

Nuevos disparos repercutieron en la soledad del bosque, y el muchacho pudo percibir claramente el silbido de las balas a su alrededor.

Con una angustiosa ansiedad, miró Pierre el pálido semblante de la pequeña indígena. Tenía los ojos cerrados y respiraba con dificultad. Detúvose un instante junto a un árbol, comprobando que la bala le atravesaba el pecho.

A cierta distancia escuchó una algarabía de gritos e imprecaciones con que sus perseguidores anunciaban haberlo descubierto. Continuó corriendo, tropezando con las lianas y las raíces que surgían a cada momento a su paso. Estaba empapado en sudor y el corazón parecía saltársele del pecho a consecuencia del esfuerzo que llevaba a cabo.

De pronto, al mirar el rostro de Tannhi, dióse cuenta de que tenía los ojos entreabiertos y sin expresión alguna. Depositóla un momento sobre el césped y trató de percibir los latidos de su corazón. Pero todo inútil, la vida de la dulce Tannhi había escapado por la herida que en su pecho abrieran las balas del malvado Huang.

Pierre volvió a tomar el cuerpo de la pequeña y se alejó de aquellos lugares. Sentía en su pecho bullir una creciente indignación por aquel crimen. De sus resecos labios escapó una apagada maldición y una promesa de venganza. No podía consentir que la muerte de la pequeña indígena quedara impune.

Durante algunos minutos corrió por la selva sin rumbo fijo. Luego, dióse cuenta de que debía dejar aquella carga, ya que ahora sólo podía perjudicarle, pero le dolía abandonarla en la selva, donde al llegar la noche, acabaría siendo devorada por las alimañas que por allí merodeaban.

Detúvose de nuevo y trató de orientarse. Hacia el Sur se veían unas colinas. Estaban desprovistas de vegetación y en ellas sería

más fácil despistar a sus seguidores.

Cuando llegó a ellas, comprobó que se trataba de un terreno rocoso. Buscó una oquedad en el terreno y allí acurrocóse, luego de dejar a su lado el cuerpo de la desventurada Tannhi.

En dos ocasiones vio a sus perseguidores a cierta distancia. Estaban buscándole por la selva, ya que creían que era allí donde habíase escondido. Luego cesó de verles, y los ruidos se alejaron hasta desvanecerse por completo.

Todavía tardó Pierre más de una hora en abandonar aquel escondite. Antes de hacerlo, besó la frente de la chiquilla que habíale salvado de Huang. Colocóla en el fondo de la oquedad y comentó a cubrirla de ramas y de tierra. Luego, echó encima una capa de piedras para evitar que las fieras pudiesen destrozar su cuerpo. Seguidamente volvió a la selva, no tardando en desaparecer, tragado por la espesura.

Cuando menos lo esperaba, surgió ante él la corriente del río. Un tronco flotando en un remanso sugirióle la idea de pasar a la otra orilla. Montóse a horcajadas, y empujándolo hacia la corriente, dejóse llevar por ella. Ya en el centro dirigiólo hacia el lado opuesto.

Caminó por espacio de dos horas, hasta que, rendido por el cansancio, dejóse caer entre unos matorrales, en la misma confluencia de un pequeño afluente con el
Song-Khoi.

Le despertó el rumor de unas voces. Incorporóse sobresaltado y miró en derredor suyo. El sol estaba ya alto, por lo que calculó que había estado durmiendo por espacio de tres o cuatro horas.

Arrastrándose cautelosamente asomóse a la orilla. En la misma desembocadura había un «sampang» amarrado al tronco de un árbol Tres hombres afanábanse en encender una fogata mientras que otros dos movíanse dentro de la embarcación. Parecían tratar de levantar un pesado fardo, y, al fijaras mejor, descubrió Pierre que tratábase de un hombre.

Por un momento creyó que estaba muerto o herido, mas luego dióse cuenta de que tenía sus brazos sujetos por unas ligaduras.

Intrigado, trató Pierre de descubrir su rostro. Y fue en esta ocupación cuando una voz resonó debajo del toldo. Era una voz de mujer, una voz inconfundible para Berange y que hubiera

reconocido entre otras mil. Sintió como su corazón daba un vuelco dentro de su pecho.

La figura esbelta y juvenil de Denise recortábase contra el fondo obscuro de la orilla opuesta. Sonreía divertida, contemplando al hombre que tenía inmovilizado casi a sus pies.

Y fue en aquel instante, cuando un presentimiento asaltó al agente del D.
B. Aguardó
inmóvil, esperando la oportunidad de distinguir las facciones de aquel prisionero.

No tuvo que aguardar mucho tiempo. Los dos indígenas le ayudaban a levantarse y librábanle de las cuerdas de los pies. Confirmáronse entonces los temores de Pierre, al ver a su amigo René de Martigny saltando a tierra ayudado por la mujer cuya pista perdiera a bordo del buque inglés la noche de su llegada a Haiphong.

CAPÍTULO VII

Los mil detalles de la vida salvaje fueran cobrando importancia en la media hora siguiente al descubrimiento que Pierre Berange acababa de hacer. Inmóvil, agazapado tras unos arbustos de anchas hojas, atisbaba los movimientos de las siete personas que se hallaban colocadas dentro de su campo visual. El olor dulzón de las flores silvestres, entremezclado con el hedor de los vegetales descompuestos en la orilla, producíale un creciente malestar. Cerca de él algo se movía, arrastrándose lentamente, y aunque en varias ocasiones intentó averiguar de qué se trataba, no pudo conseguirlo. Una pareja de marabús de largas patas detuviéronse a poca distancia, sobre el cieno de la orilla. Rebuscaron unos minutos, con sus largos picos entre los juncos; y seguidamente emprendieron el vuelo hacia el otro lado del río.

De pronto, vio Pierre que los del grupo se disponían a levantar el campamento, pero luego advirtió que no se iban todos. En efecto, René y dos annamitas quedaban junto al «sampang», mientras que los tres restantes, a quienes acompañaba Denise, se perdían por un sendero que adentrábase en el bosque siguiendo el afluente del Song-Khoi.

Aquella maniobra desconcertó a Berange, aunque le hizo concebir la esperanza de que podía intentar algo para librar a su amigo de sus aprehensores.

No tardó en presentarse la oportunidad. Uno de los guardianes tomó una especie de cuchillo de ancha hoja, utilizado para cortar ramaje, y se dirigió al bosque. No bien se hubo perdido de vista deslizóse Pierre hacia el campamento.

Con el fusil cruzado sobre sus rodillas, sentóse el otro indígena recostado contra el tronco de un árbol, mientras vigilaba el «sampang» donde quedaba su prisionero. Palmo a palmo avanzó el agente, evitando el menor ruido que pudiera descubrir al annamita

su proximidad, y cuando juzgó llegado el momento oportuno, lanzóse sobre él con el ímpetu y la agilidad de una pantera.

Rodeando con un brazo la garganta del desprevenido guardián, a fin de impedir que con sus gritos avisara a su compañero, no tuvo Pierre gran dificultad en reducir la resistencia que oponía. De un formidable directo dejóle sin sentido. Apoderóse de su rifle y corrió a la embarcación para liberar a René, que desde el primer momento habíase dado cuenta de lo que ocurría.

—¡Pierre! ¡Diablo de chico! ¿Cómo has podido llegar hasta aquí?

—Eso ya te lo contaré más tarde —repuso mientras cortaba sus ligaduras—. No podemos perder un instante, ya que el otro guardián puede aparecer de un momento a otro.

En unos segundos inmovilizaron al inconsciente annamita y lo ocultaron en la espesura. Acto seguido, los dos muchachos apostáronse a poca distancia del campamento.

Quince minutos tardó el annamita en regresar. Traía una brazada de ramas, así como algunos frutos que encontrara en la selva. Al llegar al claro dejó su carga en el suelo y volvióse, intrigado, en busca de su compañero.

Fue entonces cuando Pierre dejóse ver, encañonándole con el arma que llevaba.

—¡No te muevas o te mando en compañía de los antepasados! —le gritó, en un tono que no dejaba lugar a dudas.

El otro quedósele mirando con cara de espanto, agudizado al ver aparecer no lejos de él la figura de René. Éste, a una indicación de su amigo, repitió la operación llevada a cabo con el primero.

Ya inmovilizados los dos, depositáronlos en el «sampang» y cogieron el otro rifle que el segundo vigilante dejara caer en su sorpresa.

—¿Sabes a dónde han ido Denise y los otros? —preguntó Pierre.

—Les oí hablar algo acerca de un templo y sus sacerdotes. Creo recordar que su nombre es Khor Labath, o algo parecido.

—¿Pensaban regresar?

—Así lo dieron a entender. ¿Es que piensas esperar a que vuelvan?

—Desde luego que sí.

—¿Para qué más complicaciones? —insistió René de Martigny—. Con lo fácil que nos resultará regresar a Hanoi en esa

embarcación.

—Estando ella aquí no puedo volver atrás.

—Está bien —resignóse el periodista—. Ya me extrañaba que todo saliera tan bien.

Pierre tomó una bolsa repleta de cartuchos y entregósela.

—Toma eso y guárdalo. Creo que nos hará falta.

Pierre, tomando otra de las cartucheras, saltó nuevamente a tierra.

—He cambiado de idea —le dijo a René—. Iremos al encuentro de Denise y los hombres que la acompañan.

—¿Te has vuelto loco?

Pierre lo miró fríamente.

—Si deseas quedarte aquí, iré solo.

—Demasiado sabes que no. Veremos como acaba ese lío.

Alejáronse por el mismo sendero utilizado por la pequeña expedición. Mientras avanzaban por la orilla del riachuelo, fue Pierre contándole lo ocurrido desde que se separaron en el muelle. Lo mismo hizo René, sin olvidar ningún detalle de sus conversaciones con la muchacha.

—Ahora te darás cuenta del interés que tengo por aclarar lo que ella estuvo haciendo en el expreso de Marsella —dijo al terminar—. Hay en esto un enigma que me tiene intrigado.

—¿Es ese enigma lo único que te interesa? —preguntó René no sin cierta malicia.

—Por el momento, sí.

Avanzaban deprisa, dando pruebas Berange de su asombrosa agilidad, a pesar de que desde hacía veinticuatro horas se alimentaba exclusivamente de frutos silvestres.

No llevarían media hora de marcha cuando, al salir del bosque, los dos hombres se detuvieron, asombrados.

En un claro, que alcanzaba hasta las colinas cercanas, elevábase un extraño edificio dominado por caprichosas cúpulas redondeadas y altos torreones de forma puntiaguda.

—Eso tiene todo el aspecto de un templo —opinó René—. Ahora entiendo lo que estuvieron hablando al referirse a los sacrificios que dedican a sus dioses.

—¿Un templo oculto en lo más intrincado de la selva?

—Es extraño. Parece como si no hubiera nadie por aquí.

—No debemos fiarnos.

—Tal vez estén dentro.

—Iremos a verlo —decidió Pierre—. Vamos bien armados y no nos pillarán desprevenidos.

—Estoy de acuerdo, siempre que no nos expongamos tontamente. Pueden descubrirnos desde lejos y quitarnos de en medio antes de que nos demos cuenta.

Pierre le hizo una seña y René lo siguió, sin salir del claro hasta un punto del que partía algo parecido al cauce negro de un arroyo que pasaba por detrás del templo.

En pocos minutos llegaron al pie del muro que rodeaba la construcción.

—No se oye a nadie —murmuró Pierre al oído de su compañero—. Tal vez se hayan ido.

—¿Por qué no nos volvemos ya?

Pero sin hacerle ningún caso, Berange se dispuso a trepar por la cerca, ayudándose de los huecos que dejaban entre sí las piedras que la componían.

René ya no vaciló. Colocóse el rifle en bandolera y siguió al agente. Entre la pared y el templo había un reducido espacio que se destinaba a jardín. Un sendero los condujo hasta una de las puertas laterales. Estaba abierta y daba acceso a una habitación de la que arrancaba un largo pasillo.

Con los rifles apercibidos, avanzaron los dos hombres. El ambiente de misterio que allí reinaba y la soledad del recinto sobrecogían sus espíritus.

De pronto, al volver el pasillo, descubrió Berange un macabro espectáculo.

Cinco hombres vestidos con túnicas de seda verde se hallaban tendidos en el suelo de una amplia sala. Permanecían inmóviles y en posturas de tal modo violentas que desde el primer momento sospechó Pierre que estaban muertos.

Con infinitas precauciones avanzaron los dos amigos hacia ellos. Al llegar junto a los silenciosos moradores del templo, comprobaron con verdadero estupor que habían sido asesinados. Habíase disparado contra ellos, casi a quemarropa, y sus heridas eran visibles en la cabeza y otras partes del cuerpo.

Los dos hombres se miraron, inquietos, y dirigieron el cañón de

sus armas hacia la puerta que había al fondo.

El rumor de voces les llegaba de aquella parte. Alguien discutía fuertemente y en términos de gran excitación.

Súbitamente, un nuevo disparo rasgó la quietud del lugar. Los dos muchachos echaron a correr, llegando en pocos segundos a la nave central del templo. La figura de un gran Buda ocupaba el fondo, rodeada de extraños seres informes y dragones monstruosos trepando por retorcidas columnas.

A un lado de la sala se desarrollaba una violenta escena. Dos hombres blancos trataban de llevarse a la fuerza a Denise y a su tío, el annamita que la acompañaba. En el suelo veíanse los cuerpos inmóviles de otros dos indígenas.

Conteniendo un grito de rabia, lanzóse Pierre hacia el grupo y, utilizando a modo de mazo el arma que llevaba, empezó a descargar furiosos golpes contra aquellos desconocidos.

Era evidente que la inesperada aparición de los dos hombres desconcertóles, ya que sólo se preocupaban en huir precipitadamente, desapareciendo por una de las puertas que daban a la sala.

—¡Pierre! —exclamó Denise, corriendo hacia él y agarrándose a su brazo—. ¡Ha sido la Providencia quien le ha enviado en estos momentos de angustia!…

—¿Qué ha sucedido? —inquirió mirando a todas partes, desconfiado.

Denise lo llevó hacia un rincón al abrigo de cualquier acometida por parte de los desconocidos.

—¡Asesinaron a los sacerdotes de Khor Labath y nos sorprendieron apenas llegamos! ¡Mataron a Radith y al hombre que venía con nosotros! ¡Querían hacer lo mismo con mi tío Nulok!

—¿Quiénes son esa gente?

—¡Forman parte de la partida del «Diablo Blanco»! ¡Son desertores de la Legión, capitaneados por un búlgaro asesino, que se dedican a toda clase de desmanes contra los indígenas en los poblados!

—¿El «Diablo Blanco»? —murmuró extrañado.

—He oído hablar de ellos —intervino René, que ayudaba al viejo Nulok a sostenerse de pie—. Soulos es su cabecilla. Fue condenado a muerte por agredir a un oficial, pero consiguió escapar,

reuniéndosele más tarde algunos indeseables. Tienen aterrorizados a los indígenas del campo. Incluso se dice que actúan de acuerdo con los rebeldes del Viet Minh.

Pierre miró a su alrededor.

—Debemos buscar un lugar menos peligroso —dijo—. Aquí estamos expuestos a que nos fríen a balazos.

—Entremos ahí —decidió el viejo tío de Denise.

E indicóles un pasadizo que daba la vuelta por detrás del enorme Buda.

Abandonaron la sala, adentrándose por el corredor. Al final había un cuarto con un amplio ventanal que daba al exterior.

—¿A qué vinieron aquí? —preguntó Berange, una vez el viejo Nulok hubo cerrado la puerta de acceso.

Denise miró rápidamente a René, y enrojeció.

—Mi tío es el Gran Sacerdote de Khor Labath —dijo—. Para ellos representa algo así como una divinidad capaz de conjurar los peligros que reportan las avenidas del
Song-Khoi.
Cuando el río se desborda, llega a inundar enormes extensiones de selva y tierras de labor, destruyendo casas, arrastrando sembrados y aniquilando a miles de personas y animales domésticos.

—¿Y usted vino aquí acompañando a su tío?

—Sí.

—Pero no me hará creer que se llevó a mi amigo porque necesitaba de su ayuda.

Denise guardó silencio. Desvió la mirada para fijarla en el ventanal que se abría sobre la selva.

—Estamos aquí metidos en un mal paso —habló Pierre, con marcada frialdad— y es muy probable que tengamos que habérnoslas con seres sanguinarios y dispuestos a las mayores atrocidades. Si no hablamos con franqueza, cada cual va a tener que luchar desde su punto de vista.

—No pensábamos hacer ningún daño a su amigo. Únicamente queríamos retenerlo unos días hasta que ya no hubiera peligro de…

—¿De qué? —apremióla Pierre.

Denise volvióse súbitamente liada él y cogiólo de un brazo.

—¡Oh, Pierre! —suplicó angustiada—. ¡Usted supone que yo asesiné a Douatz en el expreso de Marsella; pero debe creerme si le

digo que jamás hubiera sido capaz de cometer tal acción!

—Pero necesitaba apoderarse de algo.

—Sí… es cierto.

—¿Unos documentos?…

—No; no era eso lo que me llevó al departamento de Jean Douatz.

—Entonces… ¿qué era?

La respuesta no le llegó de Denise, sino del viejo annamita.

—Mahli-Lai no responderá a sus palabras porque un juramento sagrado se lo impide; pero yo puedo relevarla de ello. ¿Quiere saber qué fue a buscar mi sobrina al expreso de Marsella?

Pierre asintió en silencio.

Entonces Nulok acercóse a Denise y, con un gesto brusco, separó los pliegues de la túnica en que se envolvía.

Sobre la finísima seda obscura que cubría su pecho destacaba con maravillosos destellos una bellísima esmeralda engarzada en lo que parecía ser una araña de plata. Denise la había prendido allí, indudablemente para ocultarla de la rapiña del «Diablo Blanco», y sus satélites.

—¿Qué es eso? —preguntó mirando a la muchacha.

—Es la piedra sagrada de Khor Labath. La piedra que durante muchos siglos ha presidido las ceremonias en el templo y en la cual el Gran Sacerdote leía las predicciones a todas las generaciones de creyentes. Ésta es la piedra que un blanco que consiguió entrar en este recinto, robó y vendió luego a un capitán de cierta goleta que había remontado el río. De sus manos pasó a las de un traficante de caucho quien, a su vez, la vendió a un tal Douatz, que un par de días antes había embarcado para Marsella. ¿Imagina el resto?

—Creo que sí; pero le ruego que continúe. Ha conseguido interesarme.

—Sólo existía una probabilidad de devolver la piedra al templo, y no vacilé en aprovecharla. Avisé a mi sobrina, que se hallaba estudiando en París, dándole instrucciones precisas y una descripción del hombre en cuyo poder encontrábase la piedra. Así fue como Mahli-Lai aguardó a que el tal Douatz desembarcara en Marsella y siguió sus pasos, con el fin de recuperar la piedra sagrada.

—¿Y el hombre que desapareció del expreso la misma noche del

asesinato? —preguntó Pierre a Denise—. ¿No tenía ninguna relación con usted?

—Sólo le vi acompañando al francés —dijo en voz baja Denise—. Creí que se trataba de uno de sus criados. Yo sólo di al viajero una dosis de narcótico para mejor realizar mis planes. Entonces, apareció aquel sujeto, y llevóselo. Cuando más tarde decidí entrar en su departamento supuse que dormía. Me enteré luego de la muerte del hombre del expreso, cuando embarqué en el «Georgetown» para venir aquí.

Los dedos de Berange cerráronse en torno de los bien moldeados brazos de Denise.

—Acaba de quitarme un gran peso de encima —le dijo—. Ahora hay que ver el modo de salir de ésta. Ustedes dos quédense aquí, mientras René y yo salimos en busca de esos malhechores.

—Vaya con cuidado, Pierre —le suplicó ella, con cierto mimo—. Rogaré para que todo le salga conforme sus deseos.

—¿Usted es también creyente de ese dios que adoran sus compatriotas?

—No —respondió, dulcemente—. Mi madre perteneció a esta raza, pero la sangre que corre por mis venas es la de mi padre, un traficante francés que murió en la última guerra. Soy, como ve, europea y lo mismo que usted, profeso las creencias de Occidente. Rogaré, pues, al mismo Dios en quien ambos aprendimos a creer.

Pierre estrechó con fuerza sus manos entre las suyas y encaminóse a la puerta.

—Cuando hayamos salido vuelvan a cerrar por dentro —les advirtió—. No abran a nadie, como no sea a indicación nuestra.

Salieron de ahí y regresaron a la gran sala central del templo. Seguía desierta. Al parecer, los malhechores habían decidido abandonar el edificio, posiblemente creyendo que el número de sus atacantes era mayor. Mas no tardaron los dos hombres en darse cuenta de su error.

El estampido de un disparo repercutió entre la alta bóveda, y una bala fue a estrellarse contra el muro junto al que se hallaban los dos franceses arrancando parte del revoque.

—¡Cuidado, Pierre! —Avisóle René—. ¡Disparan desde allá arriba!

En efecto, había, dos individuos apostados tras una de las

columnas en la parte alta del saliente que rodeaba la sala.

Parapetados tras las gradas, repelieron inmediatamente la agresión. Y como si aquélla fuera la señal convenida, desde varios puntos partió una granizada de balas, que hizo comprender a los dos amigos que su situación estaba más comprometida de lo que en un principio supusieran.

Retrocedieron a un lugar más seguro. Habían agolado las municiones de la recámara y procedían a sacar de las bolsas las que llevaran consigo, mas al instante advirtieren que se trataba de un calibre mayor que el requerido.

—¡Buena la hemos hecho! —exclamó Pierre, dándose cuenta de su situación—. ¡Nos hemos metido en una ratonera sin escape!

René arrojó a un rincón la cartuchera y masculló una apagada maldición.

Al advertir que había cesado el fuego, los malhechores dejaron de disparar. Probablemente habían sospechado lo que sucedía y, por tal motivo, comenzaban a asomar por detrás de los salientes donde se refugiaran.

Pierre y René retrocedieron por el mismo camino, regresando al cuarto donde aguardaban Denise y su tío.

—¡No tenemos un solo cartucho! —exclamó Pierre, arrojando el fusil con un gesto de desesperación—. ¿Cómo se les ocurriría llevar cartuchos de un calibre mayor al de los rifles?

—Esos cartuchos no eran para esos rifles —explicó Nulok, comprendiendo lo sucedido—. Había en la embarcación otras bolsas con los cartuchos adecuados.

—Ahora ya es tarde para explicaciones —terció René, que llegaba corriendo—. Lo que importa es tratar de buscar el modo de salir de aquí.

El ruido de pasos precipitados dióles a entender que había llegado el momento decisivo. Atrancaron la puerta por su interior y esperaron el desarrollo de los acontecimientos.

No lardaron en golpear la puerta. Una voz recia conminóles pava que abrieran. Habló en un idioma desconocido para Pierre, pero seguidamente lo hizo en correcto francés.

—¡Abrid! ¡De lo contrario echaremos la puerta abajo!

Los dos hombres comprendieron que poca era la resistencia que la puerta podía ofrecer. Sin embargo, nadie se movió para atender

la invitación de los atacantes.

Pronto los golpes hiciéronse más potentes. Estaban golpeando con las culatas de las escopetas y algunas astillas comenzaron a saltar de los maderos. Finalmente saltó el cerrojo, y en el hueco del corredor aparecieron las figuras de media docena de hombres. Vestían ropas militares, aunque era evidente que no formaban parte de ninguna formación regular. El que iba delante lucía una poblada barba oscura y su mirada destilaba un combinado de maldad, sarcasmo, hipocresía y odio, que delataban claramente la naturaleza de sus intenciones.

Al ver que Pierre y René seguían empuñando los rifles para utilizarlos, si era preciso, como mazas, les indicó a los que tras él les apuntaban con sus armas.

—¡Dejad eso en el suelo! De lo contrario ordenaré que disparen sobre todos vosotros.

Comprendieron los dos amigos que era inútil toda resistencia, más aun estando allí Denise y el viejo, por lo que decidieron atender la indicación del cabecilla del grupo.

Un annamita surgió entre los desertores y, tocando del brazo a su jefe, señaló a Pierre.

—¿Es ése el hombre que buscabais? —pregunto el otro.

Asintió el indígena y desapareció con la misma presteza que llegara.

—Podéis salir uno a uno —ordenóles aquel hombre.

Obedecieron Denise y su tío, siguiéndoles en orden René y Pierre. De este modo fueron conducidos a una estancia de mayores dimensiones, aunque de condiciones tales que hacían prácticamente imposible intentar la huida.

Apenas la puerta se hubo cerrado, cuando Denise arrojóse en los brazos de Berange.

—¡Pierre! —exclamó sollozando—. ¡Ahora es cuando comienzo a sentir miedo de verdad! Esos hombres tienen un aspecto tan horrible…

Berange rodeóla cariñosamente y acarició sus cabellos.

—No debes temer nada, pequeña —le dijo, dulcemente—. No consentiré que te causen el menor daño.

—Temo más bien por ti, Pierre.

—No pueden hacerme nada. Tratándose de una banda de

forajidos procedentes de la Legión, posiblemente se contentarán con alejarse luego de haberse apoderado de cuánto encuentren de valor.

—Sé que están buscando la piedra sagrada de Khor Labath. Y no cejarán hasta que aparezca. Deben estar enterados de que ha vuelto al templo.

Nuevamente el ruido de unos pasos escuchóse afuera. Descorrieron los cerrojos y, una vez más, la odiosa figura del traidor Soulos, el búlgaro desertor a quien todos conocían con el nombre de «Diablo Blanco», recortóse en el umbral.

—¿Quién de los dos es Pierre Berange? —preguntó, aunque sus ojos se mantuvieron fijos en el agente del D. B.

—Yo soy —exclamó éste—. ¿Para qué me buscas?

Soulos apartóse a un lado y entonces pudo ver Berange quién lo había seguido hasta aquella improvisada mazmorra.

El rostro diabólico y malvado de Bhai Kuhn mirábale con insana fruición, poro al instante comprendió que no sólo él había reconocido al misterioso pasajero del «Georgetown». El grito de espanto lanzado por Denise era una prueba de que recordaba muy bien los amargos trances que por su culpa sufriera durante la travesía.

—¡Ése es el hombre que estaba con Douatz en el expreso de Marsella! —exclamó con un temblor en la voz, mientras su mano extendíase hacia él.

Bhai Kuhn avanzó unos pasos y miró sonriente a Pierre, que se había colocado junto a la muchacha.

—Es una agradable sorpresa. *Monsieur* Berange —dijo melifluamente—. Aunque lo ponga en duda, tenía la seguridad de que no íbamos a tardar en vernos nuevamente cara a cara. Y esta vez puede estar seguro de que no habrá una traidora chiquilla que le saque de la fortaleza de Huang.

CAPÍTULO VIII

A una señal de Bhai Kuhn, dos de los secuaces del «Diablo Blanco» entraron en el cuarto y apoderáronse de Pierre.

—¡Sacadlo fuera! —ordenó el búlgaro—. Yo me encargaré de los otros.

—Creo que también voy a llevarme a la chica —dijo el annamita, mostrándola con su índice al jefe de aquella pandilla.

Denise cogióse, aterrada, del brazo de su tío, pero al propio Soulos fue a separarla tirando de ella con brutal insistencia. René trató de impedirlo y otro de los carceleros intervino amenazándolo con el fusil dirigido a su pecho.

—¡Miserables! —Escupióles Berange con rabia—. ¡Todos juntos vais a pagar con la horca lo que ahora estáis haciendo!

Respondióle una cínica risotada de Soulos. Bhai Kuhn limitóse a volverle la espalda con desdeñosa indiferencia.

Pierre forcejeó con sus guardianes, quienes tuvieron que hacer verdaderos esfuerzos para conseguir reducirle.

—¿Qué hacemos con ésos? —preguntó el cabecilla, señalando a René y al tío de Denise.

—Déjelos ahí, por el momento —repuso Bhai Kuhn—. Ya dirá Huang si para algo necesita de ellos.

Llevando a Berange y a Denise, los secuaces del «Diablo Blanco» salieron del templo. Afuera aguardaban una docena de indígenas bien armados. Ataron a sus prisioneros el uno al otro, y con sus manos ligadas a la espalda. Luego, a una señal de Bhai Kuhn, la pequeña comitiva alejóse por el sendero que conducía al río.

Sin embargo, no regresaron por la orilla del pequeño afluente del Song Khoi, por lo que Pierre dedujo que no habrían descubierto el «sampang» en que dejaran atados a los dos servidores del Gran Sacerdote de Khor Labath.

En el río aguardaban dos embarcaciones. En una de ellas

obligaron a subir a sus dos prisioneros. Tras ellos sentóse Bhai Kuhn, siempre enigmático y sonriente, brillando en sus ojos oblicuos la maldad que anidaba en su alma.

Cruzaban la ancha corriente del río, cuando Bhai Kuhn dirigió a Pierre la única pregunta en todo el trayecto.

—¿Dónde has escondido a Tannhi?

Volvióse Pierre, y las miradas de los dos hombres chocaron un instante.

—Vosotros la asesinasteis —dijo fríamente—. Conseguí enterrarla en la selva.

No había duda de que el annamita creyó en la veracidad de su explicación, ya que, guardó silencio y no volvió a mencionar aquella cuestión.

Poco antes de que anocheciera llegaban a la construcción fortificada donde el sanguinario Huang tenía su refugio.

Los dos jóvenes fueron llevados inmediatamente a su presencia.

—No eres todavía bastante astuto para escapar al poder de Huang —díjole éste, mientras contemplaba a ambos con sus ojillos menudos y repletos de aviesas intenciones.

—Pude escapar tranquilamente —repuso Pierre, con un encogimiento de hombros—. Preferí ayudar a unos amigos que hallé en el camino. De lo contrario, a estas horas me encontraría en Hanoi.

—Hasta allí te hubieran seguido mis hombres. Nadie escapa al poder de Huang.

—¿Para qué era preciso tanto empeño? —preguntó, indiferente.

Huang se puso en pie y acercóse a su prisionero. Luego de mirarlo de pies a cabeza, hizo una seña a sus secuaces.

—Registradle —ordenó, señalándoselo con una pequeña vara que llevaba en la diestra.

—¿Crees que todavía conservo los papeles que robasteis a Douatz?

—Tú asesinaste a Tsai Linh, despojándolo del pliego de documentos. Si no los llevas encima, resulta evidente que los has ocultado en algún lugar de la selva.

—¿Y si así fuera?

Huang lo miró con mal reprimido coraje.

—Tengo medios suficientes para obligarte a ir en su busca y

traerlos nuevamente a este lugar. Llegarás, incluso, a arrastrarte a mis pies y a suplicarme una clemencia que jamás estaré dispuesto a conceder.

—Ello me ahorrará toda esa pantomima que pretendes.

Había concluido el registro y los dos indígenas que lo llevaron a cabo hablaron unas palabras con su amo. Huang les hizo un ademán para que volvieran a sus puestos. Desde alguna distancia, más atrás, Bhai Kuhn seguía la escena con gran interés. Al advertir el resultado negativo se acercó a Huang y hablóle en voz baja. Luego dirigióse a Berange.

—¿Dónde has escondido los papeles?

—¿Crees que iba a recorrer mil millas para acabar diciéndotelo?

—Tendrás que hacerlo si quieres evitar una suerte horrible. Tal vez no imaginas en este momento el castigo que reservamos a los traidores y a los espías.

Sonrió Berange con desprecio.

—Ya no me asustan esas historias de miedo.

—¡Azotadle sin piedad! —ordenó Huang—. Quizá esto sea suficiente para refrescarle la memoria.

Dos altos y fornidos chinos, desnudos de la cintura para arriba, cogiéronlo brutalmente y le arrastraron hacia un rincón del cuarto.

—¡Miserables! ¡Canallas! —gritó Denise, intentando desasirse de sus guardianes—. ¡Los dos vais a responder del crimen cometido por el «Diablo Blanco» en las personas de los sacerdotes de Khor Labath! ¡Todas las tribus del Tonkin se levantarán para hacerles justicia y arrastrarán vuestros cuerpos hasta arrojarlos a las aguas del Song Khoi!

Bhai Kuhn levantó una mano, y aquél sólo gesto contuvo a los gigantes chinos.

—¿No crees que te convendría reflexionar durante unos minutos? —habló, dirigiéndose a Berange.

—Ni cien días de ese cautiverio conseguirán hacerme cambiar en mi decisión —replicó, con firmeza.

—Sin embargo, quiero intentar un cambio en tú actitud —y volviéndose hacia los vigilantes, les ordenó—: ¡Encelladlos a los dos en la misma mazmorra!

Fueron conducidos a una especie de cueva húmeda y obscura en los sótanos de aquella fortaleza. Una especie de rampa ascendía en

espiral hasta un cuarto donde quedaron tres hombres vigilando.

En la penumbra, sintió Pierre la mano de Denise que se apoyaba en su hombro.

—Ten serenidad, Pierre —le dijo, con dulce acento—. Pase lo que pase, me tendrás siempre a tu lado.

—Temo por ti, Denise. Si al menos pudiera conseguir que te dejaran libre…

—¿Esos documentos eran muy importantes para Francia?

—Sí. Era preciso a toda costa que no llegaran a poder de los cabecillas del Viet Minh. Ahora ya lo he conseguido, y no me importa la suerte que se me reserva. Pero en cuanto a ti…, temo que ese Bhai Kuhn esté maquinando el modo de utilizarte para sus criminales designios.

—No lo conseguirá. En último extremo, la piedra sagrada de Khor Labath me protegerá de quien intente ponerme la mano encima.

Pierre, en silencio, sonrió ante las pueriles palabras de Denise. La atrajo suavemente contra su pecho, sin que la muchacha opusiera la menor resistencia.

—Siempre abrigué el presentimiento de que iba a llegar este instante en que te rodeara entre mis brazos —murmuró, bajito—, pero no podía sospechar que fuera en un lugar tan lóbrego y ante tan trágicas perspectivas.

—Pierre… —susurró ella. Mas, de pronto, apretándose contra su cuerpo, juntó su mejilla a la del joven—. ¡Oh, Pierre! ¡Es horrible! ¡No quiero que destruyan esta dicha en el mismo momento en que comienza! ¡Yo suplicaré a Huang, imploraré…!

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?

—No lo sé…, no lo sé… —sollozo, amargamente—. ¿Por qué, Dios mío, un sueño tan hermoso había de morir en su comienzo?

Pierre acarició su cabello y la besó en la mejilla, en la frente y en los labios.

El rumor de unos rasos descendiendo de lo alto, devolvióles a la realidad.

—¡Ya vienen a por nosotros, Pierre! —habló, atemorizada.

—No temas. Mientras ignoren la suerte de los documentos no se atreverán a tocarme. Esperan recobrarlos y apelarán a todos los medios de persuasión antes de llevar más lejos sus amenazas.

Los secuaces de Huang aparecieron en el hueco de la escalera, portadores de antorchas encendidas.

Separándolos, obligáronles a subir hasta las habitaciones de la planta. Allí estaba de nuevo Huang y, a su lado, la figura menuda, aunque musculosa, de Bhai Kuhn.

—Creo que habrás tenido tiempo suficiente para reflexionar, Berange —le dijo el segundo—. Incluso podemos ofrecerte una promesa de libertad para dentro de muy poco, y la certeza de que los documentos serán destruidos una vez tomen conocimiento de ellos las personas que deben verlos.

—Ésa es burda maniobra que ni un chiquillo creería —repuso, indiferente.

—Piensa que tengo medios más que suficientes para obligarte a hablar.

—Aun así no conseguirás nada.

Bhai Kuhn hizo una seña a sus hombres, y los dos chinos despojáronle de sus ropas hasta dejarle la espalda desnuda. Le ataron a una de las columnas, aguardando la orden de sus amos.

Huang levantó una mano y uno de los chinos empuñó una especie de látigo, descargándolo con fuerza sobre las espaldas de Hierre.

El restallido repercutió en el silencio de la sala y a él siguió el grito de horror lanzado por Denise, que cubrióse el rostro para no contemplar aquel espectáculo. Bhai Kuhn la miró de reojo y sonrió complacido. Acercóse a ella y hablóle en voz baja:

—Parece que tus costumbres occidentales han ablandado el espíritu de tus antepasados. ¿Es que sientes compasión por ese infeliz que se obstina en callar?

Ella ni siquiera aparentó oírle. El silbar del látigo y el estallido seco al flagelar las espaldas de Pierre, parecían alcanzar con doloroso estremecimiento hasta lo más profundo de su ser.

—¿Acaso sabes tú dónde ha escondido los papeles? —insistió Bhai Kuhn.

—No, no sé nada —sollozó, moviendo la cabeza.

—Piensa que puedes salvar tu vida y la de ese hombre. Él ignorará siempre que has sido tú quien lo ha revelado.

—¡No lo sé! —Revolvióse, enfurecida—. ¡Y aun cuando lo supiera, no haría traición a su causa, que desde ahora es la mía!

Los ojos menudos y vivarachos de Bhai Kuhn encendiéronse con fulgores de odio y despecho.

—¡Deteneos un instante! —ordenó el annamita, dirigiéndose a los chinos que ejecutaban el castigo.

Acercóse a Huang y hablóle en baja voz. Denise vio cómo el jefe asentía y sus labios distendíanse en una feroz sonrisa.

Ahora Bhai Kuhn acercóse a Pierre, que seguía mirándolo con un gesto de desprecio.

—Te concederé unas horas para reflexionar —le dijo—. Al amanecer tendrás tu última oportunidad. Si entonces continúas obstinado en callar, vas a tener que presenciar el castigo que prepararemos a tu bella acompañante. Los cocodrilos del foso llevan ya tiempo sin que se les arroje algún ser humano. Es curioso observar cómo les divierten los gritos desgarradores de sus víctimas.

Diez minutos después de que Bhai Kuhn separara a Pierre y Denise de sus compañeros. Soulos, el «Diablo Blanco», presentóse de nuevo en la celda donde quedaron René y el viejo Nulok. El búlgaro iba acompañado de tres de sus hombres, y todos iban armados de pistolas y fusiles.

—¡Eh, vosotros dos! ¡Salid de ahí! —gritóles, haciendo un expresivo ademán.

René y el tío de Denise obedecieron con cierto recelo. De un fuerte empujón, se les obligó a dirigirse hacia la sala central del templo. Allí se habían reunido los demás componentes de la banda, quienes afanábanse en hacer un recuento de sus rapiñas en aquel oculto recinto de la fe oriental.

—¿Dónde están ocultas las joyas con que adornáis vuestros dioses? —preguntó Soulos al Gran Sacerdote, que miraba a sus aprehensores con una indiferencia y desprecio que despertaron la admiración del periodista.

—No hay joyas en nuestro templo —respondió Nulok.

—¡Mientes, viejo fantoche! —amenazóle Soulos, cogiéndole de la túnica y zarandeándolo con violencia—. ¡Sé de buena fuente que tenéis escondidas entre estas cuatro paredes cierta cantidad de joyas! ¿Has visto la suerte de esa media docena de estúpidos que se negaron a revelar el escondite? ¡Pues tú vas a seguirles si no nos dices cuanto antes el lugar donde se guardan las alhajas de vuestros dioses!

—No sé que se guarde aquí ninguna joya —insistió Nulok—. Todo cuanto poseíamos de valor está ahí.

Y señaló el montón de objetos que los secuaces del «Diablo Blanco» envolvían en unos lienzos amarillentos para llevarlos consigo.

—Sé de una joya valiosa —terqueó Soulos, acercando aún más su rostro al del annamita—. Una esmeralda enorme cuya fama nadie ignora en todo el Tonkin. ¡La piedra oráculo de Khor Labath! ¡Esa piedra está aquí, y sólo puedes salvar tu vida indicando el escondite en que se guarda!

Nulok movió la cabeza, gravemente.

—La piedra sagrada de Khor Labal robóla, hace unos meses, un extranjero que consiguió introducirse en este recinto. Hemos realizado algunas investigaciones para conseguir que vuelva; pero lo único cierto es que la piedra no se encuentra aquí.

—¡Sí insistes en callar, mandaré que te azoten como un perro sarnoso y luego te abandonen o a la selva para que sirvas de pasto a las fieras! ¿Hablarás ya de una vez, maldito?

Pero el viejo sacerdote encerróse en un impenetrable mutismo.

De un empujón arrojóle Soulos sobre las baldosas de la sala. Luego, encaróse con René:

—¿Qué es lo que sabes tú de esas joyas?

—Nada.

—¿Por qué, pues, te encontrabas aquí con ese agente francés?

—Él vino en busca de la muchacha, y creo que también de unos papeles. Parecióme interesante la aventura y decidí acompañarle.

—Y esperas contar todo eso en los periódicos, ¿no es así? Pero no sueñes pon volver a Hanoi. Puedo proporcionarte buenas aventuras que contar en los periódicos, si algún día consigues volver a tu tierra. Por de pronto —añadió, señalando los fardos que se alineaban delante de ellos—, al amanecer vendrás con nosotros y cargarás con una parte de esas bagatelas. A mis hombres les conviene un poco de descanso después de las caminatas de estos días.

René limitóse a mirar lo que el «Diablo Blanco» le indicaba, pero no despegó los labios.

Fue devuelto a la celda, en cuya puerta se colocó un centinela armado.

No llevaría allí mucho tiempo cuando la puerta abrióse de nuevo y dos de aquellos desalmados entraron conduciendo el cuerpo inanimado de Nulok. Dejáronle sobre el pavimento y volvieron a salir, sin hacer el menor comentario.

René arrodillóse junto al viejo y comprobó que vivía, pero que se encontraba inconsciente a causa de los azotes que le habían propinado los bárbaros secuaces del «Diablo Blanco».

Levantóse y se dirigió a su carcelero.

—¿Es que no podéis traer un poco de agua para ese hombre?

—¿Agua? —contestó aquel malvado lanzando una brutal risotada.

Y recostóse nuevamente en la pared, sin hacer caso de las súplicas del periodista.

René de Martigny acomodó como mejor supo al infortunado annamita en un rincón de la pieza y sentóse junto al muro, en espera de que el cansancio le rindiera y pudiese conciliar el sueño en aquel duro lecho.

Estaba el sol llegando a su ocaso cuando una patrulla integrada por treinta legionarios al mando de dos oficiales franceses alcanzó la orilla oriental del río Rojo. Acababan de realizar una marcha de doscientos kilómetros a través de las intrincadas selvas, a fin de averiguar los rumores que habían llegado al Alto Mando referentes a una infiltración de los rebeldes en dirección a la capital.

Los dos oficiales que mandaban la expedición eran el teniente Descombes y el también teniente Tisson. Examinaron el lugar, e inmediatamente decidieron instalar allí el campamento.

—Saliendo al amanecer podemos llegar al cuartel antes del mediodía —opinó Descombes, mientras examinaba el cargador de su pistola—. Cuando le digamos al comandante que no hemos visto ni rastro de los rebeldes, va a creer que hemos estado todo el día tumbados a la sombra de cualquier árbol.

—Sigo creyendo que están vigilando las márgenes del río. Las señales que hemos descubierto permiten creer que aquellas sospechas tienen su fundamento.

Paoul Tisson, tumbándose sobre la hierba, quedóse cara al ciclo, contemplando las nubes que sobre sus cabezas corrían hacia el este.

A su alrededor, los soldados limpiaban el claro de maleza y cortaban ramas para confeccionar los refugios en los que debían

pasar la noche. Otros habían encendido una fogata y, junto a la misma, dedicábanse a desollar un pequeño gamo que horas antes habían cazado mientras abrevaba en un oculto manantial.

Terminada la cena, los dos oficiales apartáronse del grupo de sus soldados y dedicáronse a fumar unos cigarrillos y a charlar acerca de la Patria lejana.

El ruido de voces, excitadas cortó su conversación. Levantáronse en el acto y, corriendo, cruzaron el claro.

Por entre los árboles llegaban dos de los centinelas custodiando a un annamita envuelto en una túnica obscura.

—Ese individuo acaba de presentase manifestando que deseaba hablar con el jefe de la expedición —explicó uno de los soldados.

—¿Qué es lo que buscabas por aquí? —preguntóle Descombes examinándolo con desconfianza.

—He visto sus hogueras desde lejos y me he acercado, ocultándome, hasta cerciorarme de que eran tropas de la Legión las que había acampadas —habló el indígena—. He creído que sólo ustedes podrían ayudarles.

—¿De quién se trata? —preguntó el oficial.

—El «Diablo Blanco» y sus hombres han asaltado el templo de Khor Labath, asesinando a los sacerdotes que lo custodiaban. Pude huir y esconderme en el bosque. Creo que todavía estarán allí, pues no cabe duda que se dedicarán a llevarse cuánto encuentren de valor.

—¿Está muy lejos ese templo?

—No mucho. En poco más de una hora puede llegarse a él. Conozco bien los senderos y no hay peligro de extraviarse.

—Está bien; pero debo prevenirte que si tratas de tendernos una celada no lo vas a pasar muy bien.

—Sólo deseo que castiguen a esos hombres como se merecen.

Organizaron una partida compuesta por veinte hombres, dejando los restantes en el campamento.

Delante, entre dos soldados, marchaba el guía annamita. Seguíanle los dos oficiales y, un poco más retrasados, los restantes hombres.

Poco antes de la medianoche, llegaron a la vista de la edificación. Una hoguera encendida en el mismo recinto circundante advirtióles de que todavía seguían allí los malhechores.

Indudablemente influidos por algún extraño temor, optaron por dormir fuera del templo.

Una patrulla de ocho hombres, mandada por el propio Descombes, se acercó, evitando hacer el menor ruido. Al mismo tiempo, Raoul Tisson rodeaba el templo para llegar por el lado opuesto.

De improviso lanzáronse sobre los desprevenidos malhechores. Éstos eran cinco y sólo trataron de resistir por espacio de cortos minutos. Tres de ellos resultaron muertos en el acto, en tanto que los dos restantes optaron por entregarse.

Al mismo tiempo, desde el interior, Soulos y otros dos de los desertores trataban de abrirse paso disparando sus armas, pero fracasaron en su intento.

El propio «Diablo Blanco» resultó herido, siendo hecho prisionero por los legionarios.

Mientras recorrían el interior del templo recuperando el botín de aquellos desalmados, unos gritos que llegaban desde uno de los rincones dieron a entender a los dos oficiales que alguien más quedaba entre sus muros.

Con grandes precauciones fueron inspeccionando sus pasillos y celdas hasta dar con la que había sido destinada a René de Martigny y al viejo sacerdote Nulok.

—¿Qué hacéis ahí? —interrogó Descombes, apuntando al periodista con su pistola.

—¿Legionarios? —inquirió De Martigny reconociendo sus uniformes—. Al oír los disparos, comprendí en seguida que habían sorprendido a esos bandidos.

—¿Y ese hombre?

—No puede moverse. Es un sacerdote que ha sido azotado por Soulos. Nos detuvieron, junto con un agente del Deuxieme Bureau que acaba de llegar al Tonkin y una joven sobrina de ese pobre hombre.

—¿Y usted, quién es? —preguntó aún el oficial, recelando.

—Me llamo René de Martigny y soy el corresponsal de la agencia
F. A. P.,
de París. Pero lo que ahora interesa es acudir en ayuda de nuestros compatriotas.

—¿Sabe a dónde fueron conducidos?

—No. Únicamente que se los llevó un agente al servicio del Viet Minh y que debía entregarlos a un tal Huang. La casa de éste no puede estar muy lejos.

El guía que los condujo allí fue interrogado a tal efecto; y aunque en un principio declaró no saber de quién se trataba, terminó confesando que conocía el emplazamiento de la fortaleza de Huang, aunque era un hombre tan temido por todos que nadie acercábase a sus dominios, temiendo ser objeto de sus malos tratos.

—A pesar de todo, vas a tener que guiarnos hasta el palacio de ese reyezuelo —decidió Descombes.

—Está al otro lado del río. Es imposible cruzarlo, careciendo de embarcaciones.

—A unas dos millas del lugar donde estamos acampados hay una pequeña aldea. Sus habitantes nos facilitarán los medios necesarios para pasar a la otra orilla.

Cinco minutas más tarde, y en unión de los prisioneros, la patrulla de legionarios emprendía el regreso a la base junto al río Rojo.

CAPÍTULO IX

Los dos prisioneros de Huang fueron conducidos al patio exterior donde Pierre pasó la noche anterior sujeto a las argollas del muro. Pero en esta ocasión Huang colocó a dos centinelas de vista, quienes de vez en cuando tenían la misión de excitar con certeras pedradas la furia de los saurios del foso cercano.

Los dos jóvenes, cuyas manos y pies habían sido sujetas a los hierros, estaban separados por muy escasa distancia. En dos o tres ocasiones había intentado Berange levantar el decaído ánimo de Denise, pero no tardó en convencerse de que sus esfuerzos no conseguían el menor éxito.

Cuando los lúgubres lamentos comenzaron a elevarse desde la ciénaga, vio a la joven mirar en aquella dirección, con los ojos dilatados por el espanto.

—¿Quién, lanza esos gemidos, Pierre? —preguntóle con tembloroso acento.

—Lo ignoro —mintió—. Posiblemente serán perros destinados a la caza. No sé por qué esos salvajes los apedrean en esta forma.

—Creí que podría conservar la serenidad, Pierre —sollozó Denise—; pero lo cierto es que siento un miedo espantoso. Este lugar… y estos gritos conseguirán destrozarme los nervios.

—No tienes por qué temer nada, Denise —hablóle suavemente —. Ese Huang sólo intenta asustarnos. No tardará en convencerse de que tú no sabes nada, y dejará que regreses a la ciudad.

—También temo por ti.

—No se atreverá a tocarme —sonrió despreocupadamente.

—Mandó que te azotaran, y recurrirá a otras torturas si cree que con ello va a obtener los documentos.

—Se convencerá de que es inútil.

—¡Oh, Pierre! ¡Y pensar que por mi colpa te encuentras…!

—¡Calla!

Una sombra se acercaba por el extremo del patio. Al estar a poca distancia reconocieron a Bhai Kuhn.

—¡Vaya! —exclamó con sorna—. ¿Despiertos todavía?

—¿Es que no podemos gozar siquiera de un instante de tranquilidad? —exclamó Berange, crispando sus puños en un gesto de rabiosa impotencia.

—Esos animalitos no están esta noche muy tranquilos —comentó el annamita sin hacerle caso—. Suelen oler la sangre y ello les pone frenéticos.

—¿La sangre? —murmuró Denise, asustada—. ¿Qué sangre…?

—¡Oh! Es una curiosa particularidad. Huang solía castigar a sus servidores infieles haciéndolos cruzar sobre el foso utilizando un tronco largo y flexible y llevando las manos atadas a la espalda. El que lo conseguía era considerado inocente y se olvidaba su delito; pero era raro que tal cosa sucediera. La mayoría resbalaban y caían al fondo antes de alcanzar el lado opuesto. Los cocodrilos dábanse entonces el gran festín.

—¿Cocodrilos? —balbució Denise, pálida por el espanto.

—Ahora quedan solamente una docena. Últimamente murieron dos de ellos. Sólo en una ocasión probaron la carne de un blanco; pero de lo que estoy seguro es que jamás les sirvió de festín una mujer.

—¡Miserable! —Increpóle Pierre, indignado—. ¡Eres el ser más ruin y abominable que engendró el infierno!

—¿A qué viene esa irritación, amigo Berange? —replicó, mirándolo extrañado—. Yo jamás he creído que tu linda compañera tenga que ir a parar a las fauces de esos monstruos. Y estoy seguro de que tú piensas lo mismo. Es una encantadora muchacha, digna de ser feliz a tu lado en la dulce y lejana Francia. ¡Es tan sencillo librarla de una suerte que no merece…!

Pierre miró a Denise y la vio inmóvil, fijos los ojos hacia la fosa, como fascinada. Sentía cómo la sangre golpeaba sus sienes, y tensos los músculos a causa de la excitación que producíale la presencia del malvado Bhai Kuhn.

—¿Es que te has propuesto robarnos la única tranquilidad de estos instantes? —rugió, escupiendo a su rostro toda la rabia que bullía en su interior.

—Las horas de la madrugada son las más propicias a la reflexión

—habló aún el annamita antes de alejarse—. Confío que serás juicioso, Berange. La muchacha bien lo vale…

En las horas siguientes, un silencio impresionante abatióse sobre aquellos lugares. Sólo de tarde en tarde los monstruos de la ciénaga lanzaban al espacio sus escalofriantes lamentos.

Pronto encendióse el cielo por oriente y una claridad rosada inundó la selva más allá del río.

De pronto una extraña comitiva apareció por una puerta del fondo. Una docena de indígenas, precedidos de dos corpulentos chinos que servían de guardianes al cacique Huang, se dirigieron hacia donde estaban los dos jóvenes. Detuviéronse frente a ellos y dejaron el paso a los personajes que escoltaban.

Bhai Kuhn separóse de su amo y se aproximó a Berange.

—¿Has meditado bien tu decisión, Berange?



—¿Has meditado tu decisión?

—No tengo los documentos —habló Sierre con voz ronca—. Los destruí, ocultando los pedazos en el cieno de una charca. No podría devolverlos aun cuando quisiera hacerlo.

El annamita movió la cabeza con un gesto de incredulidad.

—Esa historia no sirve —dijo—. Esos papeles están ocultos en

un lugar de la selva y sólo volviendo a nuestro poder conseguirás la salvación de ésa mujer y la tuya propia.

—He dicho la verdad.

Inexpresivo el semblante, Bhai Kuhn ordenó a los dos guardianes chinos que desataran a los prisioneros. Al mismo tiempo, sobre la fosa fue instalado un extraño armazón, en cuya extremidad había como una polea por la que pasaron una larga cuerda.

Sin ningún miramiento ataron a Denise de pies y manos y rodearon su cuerpo con el extremo de la cuerda, pasándola por debajo de los brazos.

—¿Recuerdas ya, Berange? —insistió aún Bhai Kuhn.

—¡Eres un miserable asesino! —gritó, esforzándose en librarse de sus guardianes—. ¿Cómo puedo devolver los papeles si ya no existen?

Huang hizo una seña, y el cuerpo de la muchacha se balanceó en el espacio, sobre el foso.

Un grito desgarrador brotó de sus labios. Pierre fue empujado hasta el mismo borde, pudiendo entonces contemplar a los repugnantes saurios moviéndose en el fondo, entre el cieno. Miró a Denise y la vio muda por el terror, fija la mirada en el negro agujero que se abría a sus pies.

Era indudable que aquellos salvajes no creían una sola de sus palabras, y que estaban dispuestos a llevar a cabo la terrible amenaza.

¿Y si fingiera acceder a sus pretensiones? Mintiendo lograría aplazar por unas horas la terrible suerte que parecían reservarles. Entretanto, tal vez hallaría el modo de aplacar su ira.

—¡Apartadla de ahí y hablaré! —gritó, dirigiéndose a los dos perversos annamitas que tenían fijas en él sus miradas.

Huang dio una orden, y el cuerpo de Denise fue retirado prestamente.

Antes de retirar las cuerdas que la sujetaban, Bhai Kuhn preguntó a Berange:

—¿Estás ya decidido a revelar el escondite de los documentos?

—Sí —repuso con voz desfallecida—. Os guiaré hasta ellos.

Denise fue llevada nuevamente a su puesto en el muro, mientras Huang organizaba la comitiva que acompañará al agente. Mandarla la Bhai Kuhn y estaría compuesta por media docena de hombres.

Quince minutos más tarde, tras haber dado al muchacho algún alimento, salieron de la casa en dirección al río.

—Los oculté en la otra orilla —dijo antes de salir—. Fue al encontrarme con mis amigos, que se dirigían al templo de Khor Labath.

Por un estrecho sendero encamináronse al Song Khoi. Dos hombres iban delante precediendo al prisionero, a quien seguían Bhai Kuhn y los otros cuatro indígenas.

De pronto, un nutrido fuego de fusilería envolvió a la partida, y de entre los matorrales empezaron a brotar las figuras de un grupo de legionarios.

Los annamitas, repuestos ya de su primera sorpresa, trataron de organizar una resistencia, pero sólo consiguieron retrasar el desastre en unos pocos minutos.

Berange, que se había arrojado al suelo al escuchar los primeros disparos, levantóse al ver aparecer la figura de René acompañada de un oficial francés.

—¡Has llegado como caído del cielo! —exclamó, abrazando a su amigo.

—¿A dónde te llevaban esos salvajes?

—Luego te contaré con detalle. Ahora es preciso acudir en ayuda de la muchacha.

Mientras marchaban hacia la fortaleza de Huang, Pierre fue poniendo a sus salvadores en antecedentes de lo ocurrido.

—¿Entonces ese Bhai Kuhn ha quedado allí, entre los muertos? —preguntó el teniente Descombes.

—Sí; me cercioré bien de ello antes de dejarlo. Sin embargo, en la casa queda Huang, un tipo sanguinario que parece dominar a una pandilla de esclavos que le obedecen como a un dios.

Pronto, entre la espesura, apareció la mole de la construcción.

—Ésa es la casa de Huang —advirtióles Pierre—. Posiblemente habrán oído los disparos y estarán prevenidos.

Descombes adelantóse solo, pero un disparo que partió de lo alto le demostró bien pronto las intenciones de sus ocupantes.

—Los sitiáremos, aunque para ello necesitemos ir en busca de refuerzos —exclamó, volviendo junto a los dos muchachos.

Los legionarios desparramáronse por la espesura y comenzaron a disparar centra ventanas y puertas. Los de dentro repelieron el

ataque, y muy pronto el crepitar de la fusilería atronó el ambiente encalmado de la mañana.

Acompañado de René, Berange, dando un rodeo, buscó la grieta del muro por la que pasara en compañía de la fiel Tannhi.

No tardó en descubrirla. Trepó con insospechada agilidad, y en pocos minutos alcanzó la parte superior.

Arrastróse por entre la maleza hasta descubrir a Denise. Huang estaba junto a ella y obligábala a dirigirse hacia una de las puertas que daban al interior. En tanto forcejeaba con la joven, descubrió la presencia del agente.

Con sorprendente agilidad la cogió de un brazo y arrastróla al mismo borde del foso.

—Si das un paso más, la mujer morirá devorada por los cocodrilos —amenazó preso de intenso pánico.

Pierre se detuvo en su avance. Comprendía que, Huang era capaz de cumplir su amenaza, bastándole solamente empujar a la muchacha hacia el foso que abríase a escasos centímetros del pasadizo.

Comprendió que aquella situación no podía prolongarse indefinidamente ya que, por otra parte, de un momento a otro asomaría por allí alguno de los secuaces de Huang.

Pero un hecho inesperado vino a resolver la situación. De un salto ágil y peligroso, Denise asióse a uno de los troncos del armazón que habían montado junto al hoyo. Y cuando Huang quiso apoderarse nuevamente de ella ya Pierre se abalanzaba sobre el malvado annamita.

Al borde mismo del foso se desarrolló aquella lucha titánica. La habilidad del indígena oponíase al tesón y a la férrea voluntad de Berange, en la fase decisiva de aquel último encuentro. Pero Pierre no ignoraba cuánto jugábase en la partida y que cada segundo era de importancia vital para cada uno de los contendientes. Por ello ponía todo su ardor combativo y todo el ingenio de sus conocimientos aprendidos en una dura escuela bajo un profesorado inflexible.

Y el golpe llegó en la forma de un impresionante directo que alcanzó al forajido en pleno mentón, haciéndole caer de espaldas al foso.

Un grito brotó de su negra boca, y casi al mismo tiempo,

escuchóse el chocar de su cuerpo contra el cieno.

Pierre corrió hacia Denise y apartóla de allí. Al tiempo de hacerlo, surgió René por la grieta y gritóles algo mientras levantaba su diestra.

Un griterío llególes de abajo. Los legionarios de Descombes acaban de abrirse paso aniquilando los esporádicos focos de resistencia.

Recostada contra el muro, Denise echó sus brazos alrededor del cuello de Pierre, no pudiendo creer en lo que estaba sucediendo.

—Es una pesadilla que acaba de esfumarse y una maravillosa realidad que está a punto de comenzar.

—¿Crees, de verdad, que es en estos momentos cuando empieza? —preguntóle ella con una sonrisa repleta de mimo.

—Bueno —sonrió Pierre—. Creo que ya empezó a bordo del «Georgetown», aunque entonces ignoraba como iba a solucionarse un lío tan tremendo.

Denise le sonrió, y aprovechando un momento que René habíase vuelto de espaldas, Pierre besó los labios que tan dulcemente le ofrecía.

EPÍLOGO

Después de tres días sin comparecer por su despacho, Jacques Ridoux llegó aquella mañana con rara puntualidad. Las setenta y dos horas de descanso en una apacible aldea de la Bretaña habían calmado sus excitados nervios, y regresaba a su puesto de lucha más animoso y lleno de optimismo que nunca.

En el pasillo de arriba, Ridoux detúvose unos segundos. Parecíale que había reducido unos centímetros el perímetro de su abdomen y que respiraba con mayor facilidad después de subir los cincuenta y dos escalones que separaban de la calle su departamento de trabajo.

Charles saludóle obsequioso, correspondiéndole Ridoux con una amable sonrisa.

En el despacho aguardábale una sorpresa. Su antiguo amigo, Lucien Valibret, inspector jefe de la Sección de Asuntos Orientales del «Deuxieme Bureau», hallábase sentado en uno de los butacones leyendo la prensa de la mañana, en tanto saboreaba un magnifico habano.

—¡Vaya un pícaro sinvergüenza que estás hecho! —Fue el saludo de Ridoux, mientras se dirigía hacia Valibret—. Fumarse mis cigarros sin siquiera aguardar mi llegada.

—En algo tienen que entretener la espera tus visitantes —replicó el inspector tranquilamente, mientras doblaba el periódico y dejábalo encima de la mesa. Seguidamente, levantóse y estrechó la mano que su amigo le tendía—: ¿Qué tal esas vacaciones? Parece que vuelves rejuvenecido.

—¡Vaya! —sonrió Ridoux, satisfecho—. Eres tú la tercera persona que en esta mañana me dice lo mismo: No voy a tener más remedio que creerlo.

—¿Y quiénes fueron los otros dos?

Ridoux guiñóle un ojo, con cierta malicia, y sonrió.

—Eso ya es querer saber demasiado.

—Ya —ansintió Valibret, comprendiendo—. Madeimoselle Groble y esa secretaria que tienes con aspecto de conejo de Indias. Ellas lo hacen para adularte, en cambio, sólo en mi encontrarás sinceridad.

Ridoux murmuró algo entre dientes y fue a sentarse en su poltrona, no sin antes quitarle el polvo con el pañuelo.

—¿Hay alguna novedad? —pregunto sin demasiado interés.

—Sí. Berange ha comunicado que el caso Douatz estaba concluido. Recobró los documentos, pero vióse precisado a destruirlos para impedir que cayeran de nuevo en poder de sus enemigos.

—Buen chico ese Berange —asintió complacido—. Me gustó con sólo mirarlo.

—También ha anunciado su llegada en el primer avión de Oriente.

—Creo que merece que vayamos a recibirlo.

—Eso mismo opino yo —asintió Valibret—; pero será necesario no dormirse. El avión llegará dentro de un par de horas.

—Hay tiempo suficiente.

—Es preciso, también, destacar a una pareja de agentes. Berange ha avisado de que trae a la chica que estuvo en el expreso de Marsella la noche del asesinato de Douatz.

—¡Buena faena! —aprobó entusiasmado—. A ese chico no le detiene nada.

—Pues no perdamos tiempo, Jacques. Abajo tengo mi coche. Disponemos de dos horas para dar las oportunas órdenes y llegar con tiempo suficiente al aeródromo. Suele ocurrir que estos aviones lleguen con algún adelanto sobre el horario señalado.

Salieron los dos nombres, y poco antes del mediodía llegaban al aeródromo. En aquel preciso instante, el avión de la línea a Oriente evolucionaba sobré el campo disponiéndose al aterrizaje.

Una vez que se hubo posado en la pista, los dos inspectores y los agentes que los acompañaban corrieron hacia el aparato.

Por la escalerilla descendía sonriente Pierre Berange. Inmediatamente detrás seguía una linda muchacha, cuyas facciones reconocieron al instante los dos hombres por haberlas contemplado docenas de veces en las fotografías que enviara el agente.

—¡Hola, inspector! —saludó Pierre, estrechando la mano de su jefe, y a continuación, la de Ridoux.

—¡Bravo, muchacho! —Felicitáronle ambos, cordialmente—. Se necesita un temple de acero para luchar contra esa clase de armas.

Pierre volvióse hacia Denise que se había detenido, indecisa, y miraba a los reunidos un poco temerosa. Distraídamente, los dos agentes colocáronse a sus espaldas y apercibieron las esposas que llevaban preparadas.

—¡Guapa chica! —admiró Ridoux—; pero de nada te valdrá. Ahora sabrás lo que es bueno y aprenderás que nuestros agentes son los mejores del mundo.

—Eso ya me lo ha dicho —sonrió Berange, guiñándole un ojo.

—Casi me sabe mal tenor que detenerla —habló Valibret, moviendo la cabeza.

—¿Detenerla? —preguntó Pierre, fingiendo asombrarse—. ¿Por qué dice eso, inspector?

—¿No es ésa la mujer a quien seguiste hasta…?

—¡Claro que es ella! —interrumpió el muchacho—. Y ahora ha sido ella quien se ha comprometido a seguirme toda la vida.

—¿Toda la vida? —repitió—. Ridoux, extrañado. —¿Qué significa…?

—Denise y yo estamos comprometidos —explicó tranquilamente —. Vamos a casarnos tan pronto lo tengamos todo dispuesto.

—Pero… —balbuceó Ridoux, en el colmo de la sorpresa—. ¿No fue ella quien robó los papeles y asesinó a…?

—¿A Douatz? —terminó Berange, riendo—. ¡Por Dios, inspector! ¿Cómo ha podido pensar semejante cosa de una criatura como Denise? El culpable de todo fue un individuo llamado… Pero eso podrá contárselo mi buen amigo René De Martigny, periodista internacional y que me ayudó a salir de un mal paso.

Y señaló a un joven que permanecía un poco apartado, en espera de que terminaran las presentaciones.

—Celebro conocerles, caballeros. Mi nombre es De Martigny. Y me encontraba destacado en el Tonkin cuando, hace unas noches, hallándome a la puerta del hotel…

—Perdone un momento señor —interrumpióle Valibret. Y volvióse hacia Pierre y Denise que subían al automóvil que les había conducido allí—. ¡Eh, Berange! ¡No vamos a caber todos ahí

dentro!

—¡No importa, inspector! —sonrióle Pierre—. ¿No trajeron también un coche celular? A René no le importará acompañarles en él.

Y señaló el vehículo destinado al transporte de los detenidos.

—¡Oh, no! ¡Claro que no me importa! —accedió René, cogiendo a ambos inspectores del brazo y marchando hacia allí—. Pues, como les decía, me encontraba en la puerta del hotel…

—Suba usted primero, señor De Martigny —invitóle Ridoux, abriendo la portezuela del coche celular.

—Es para mí un honor, inspector —agradeció el periodista, inclinándose ligeramente y subiendo al vehículo—. ¡Quién había de decirme que había de viajar en un coche de ésos!

—Así tendrá ocasión de escribir alguna vez sobre ellos. Y, posiblemente, conocerá que no son tan incómodos como muchos habrán creído.

—Cierto, inspector —y dirigiéndose al conductor, añadió—: Procure no perder de vista el coche de nuestros amigos.

—¿Teme no volver a verlos? —preguntóle Valibret, maliciosamente.

—Así es, inspector —repuso—. Prometí al tío de la chica cuidar de ella hasta que se haya convertido en la esposa de Pierre. Y, como comprenderán, para mi supone una gran responsabilidad.

El coro de carcajadas que resonó dentro del coche mezclóse con el zumbido del motor al ponerse en marcha.

Minutos después, los dos coches corrían velozmente por la carretera que conducía a la capital, que divisábase, a lo lejos, bañada en la dorada luminosidad de aquella mañana otoñal.

FIN